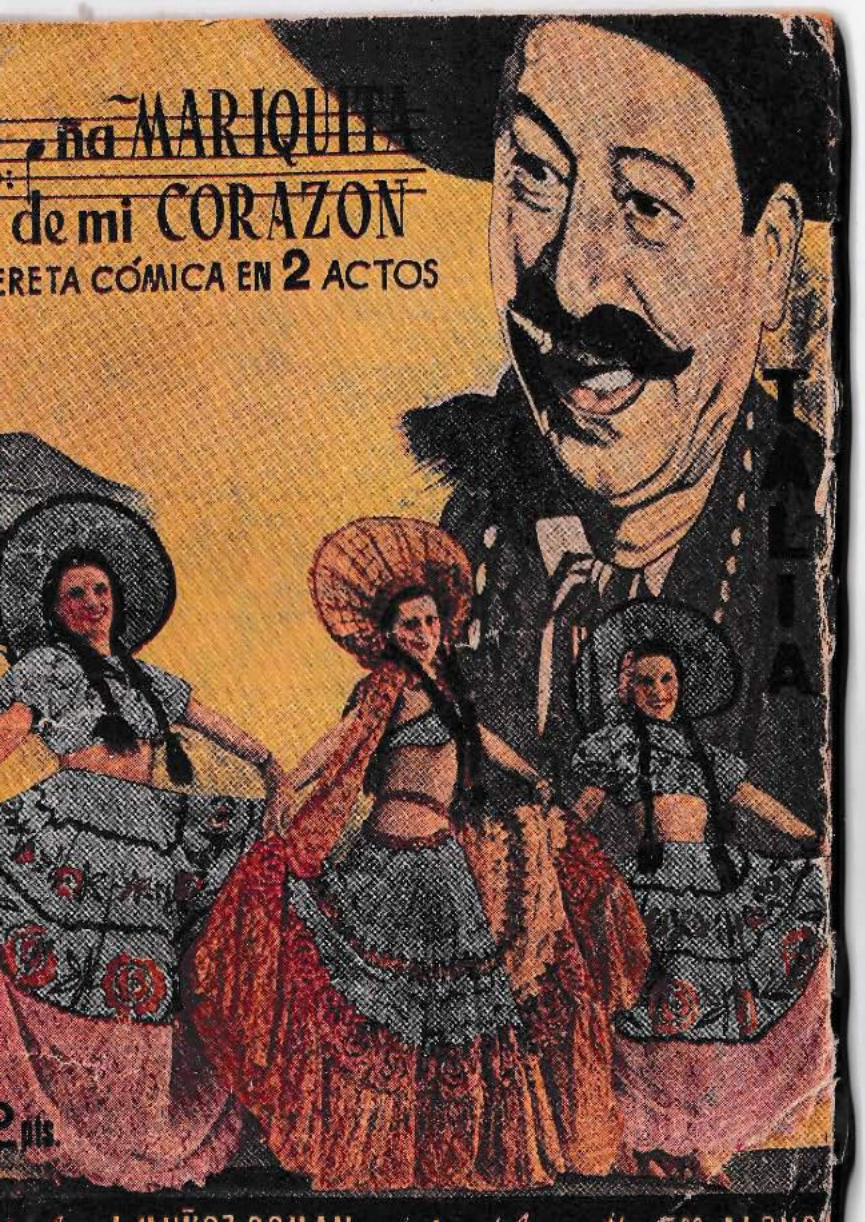
ña MARIQUITA
de mi CORAZON
ERETA CÓMICA EN 2 ACTOS
TALIA

TALIA
REVISTA QUINCENAL
DE OBRAS TEATRALES

Director: Cecilio Luna
Administración
Huertas, 55 -:- Teléfono 17210
MADRID

TALIA Publicará las obras teatrales más interesantes.

TALIA Publicará las obras de los más prestigiosos autores.

TALIA Publicará las obras que más éxito hayan alcanzado.

TALIA Formará la colección más completa del Teatro Clásico y Contemporáneo.

2 pts.

Lea V. TALIA

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA PARA ESPAÑA

Librerías de Ferrocarriles, S. A.
VALENZUELA, 6 -:- MADRID

Doña Mariquita de mi Corazón

OPERETA COMICA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE
JOSE MUÑOZ ROMAN

MUSICA DEL MAESTRO
FRANCISCO ALONSO

ESTRENADA EN EL TEATRO MARTIN, DE MADRID,
LA NOCHE DEL 15 DE ENERO DE 1942

TALIA

AÑO III -:- Madrid 1942 -:- NUM. XXXI

E. de MIGUEL - Huertas, 55
Teléfono 17210
MADRID

A nuestro fraternal amigo

Juanito Rodríguez

que ha puesto toda su inteligencia y toda su simpatía al servicio de esta Doña Mariquita de "su" corazón.

Con un abrazo muy cordial.

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
PAZ	Conchita Páez.
MARY TERE	Aurelia Ballesta.
MARISA	Isabel Lorente.
MARQUESA	Sara Fenor.
DOÑA MARIQUITA	Pilar Perales.
LOLITA	Maruja Paso.
CONSUELO	Antonia Páez.
DONCELLA 1.°	Margarita Arranz.
MARICHU	Charito Alvarez.
DOÑA FILOMENA	Maruja Paso.
DONCELLA 2.°	Manolita Pereña.
COCINERA	Antonia Páez.
INSTITUTRIZ	Maruja Ajenjo.
UBALDO	José Alvarez Lepe.
DON LEO	José Bárcenas.
ADOLFO	Francisco Muñoz.
PEPE LUIS	Luis Heredia.
MARQUES	Rafael Cervera.
JUAN MANUEL	Tomás González
DON ANTONINO	Emilio Barta.
CHOFER	Manuel Gómez Bur.
MAYORDOMO	Juan Eguiluz.
PORTERO	Emilio Barta.
UN MEJICANO	Juan Eguiluz.
INVITADO 1.°	Ramón de Oteyza.
IDEM 2.°	Juan Esteban Gómiz.
IDEM 3.°	Basilio Ballesteros.

Admiradoras.—Idoronas.—Portuguesas y Portugueses.—Tehuanas.—Charros mejicanos.—Invitadas e Invitados.—Las de Jueves Santo.—Piratas.—Piedras preciosas, etc., etc.

BAILARINA . . . . . Ulka del Perú.
COREOGRAFIA . . . . . Maestro Roberto.

Decorados de Morales y Asensi, de Barcelona, y Vda. de López y Vargas, de Madrid.—Vestuario de Humberto Cornejo, sobre figurines de Julio Torres y Cecy.—Apuntadores, Rafael Borrás y José Vaquera.

La acción en San Sebastián, actualmente.

ACTO PRIMERO

Coquetona habitación de un hotel de lujo de San Sebastián. Al fondo, amplia cristalera por la que se divisa la playa, la isla de Santa Clara, Igueldo, etc. Muebles muy modernos. Son las doce de una despejadísima mañana de primeros de agosto.

(Al levantarse el telón aparecen en escena LOLITA y MARICHU. La primera, monísima doncella, le está enseñando un juego de ropa interior a Marichu, guapa camarera del hotel.)

HABLADO

LOLITA.—Fíjate en este otro.
MARICHU.—¡Huy, qué preciosidad!

(En este momento entra CONSUELO, otra linda camarera.)

CONSUELO.—¿Terminaste ya, Marichu?
MARICHU.—Del todo.
CONSUELO.—Pues anda, que tenemos que aviar el veintiséis; no te entretengas.
MARICHU.—Estábamos curioseando la ropa interior de la señorita Paz. ¡Chica, cómo viven estas mujeres! No se privan de nada.
CONSUELO.—Y menos ésta, que le debe salir al Marqués por un ojo de la cara.
LOLITA.—¡Y encima se la pega!...
CONSUELO.—¿Es posible?
MARICHU.—Con Adolfo Cifuentes. Si lo sabe todo San Sebastián.

CONSUELO.—¿El peliculero del cuarenta y tres? Pues no tiene mal gústo: guapo, elegante, simpático...

LOLITA.—Sí; pero, como todos los guapos, sin una linda. Yo creo que le paga ella hasta el hotel... ¡Es un pollo nevera, último modelo, tipo "standard"!

MARICHU.—Y con una viveza que no te lo pierdas de vista.

LOLITA.—Con decirte que se ha hecho de tal modo con el viejo, que éste lo ha metido en su casa. Y ahora tiene relaciones formales con la hija.

CONSUELO.—¿Y lo sabe tu señorita?

LOLITA.—¡Qué va!... Con el genio que gasta, si lo supiera armaba aquí una que iba a parecer que había galerna en la Zurriola.

MARICHU.—(A Consuelo.) Cuidado, tú. Recoge, que ahí llega.

(En efecto, entra PAZ. Es una espléndida mujer de veintitrés años. Viene en traje de baño y se cubre con una elegante capa.)

PAZ.—¡Anda, Lolita! ¡Pronto! ¡Viva! Prepárame el baño, que quiero vestirme para ir a tomar el aperitivo.

LOLITA.—Sí, señorita.

PAZ.—Vengo perdida de arena. ¿Ha venido el fontanero a arreglar la ducha?

MARICHU.—Todavía no.

PAZ.—Pero si hemos avisado a las nueve de la mañana... (A Lolita.) Ve tú misma a ver lo que ha ocurrido.

LOLITA.—Sí, señorita. (Mutis derecha.)

PAZ.—(Dándole un billete a Consuelo.) Y tú toma.

CONSUELO.—(Asombrada.) ¿Cien pesetas?

PAZ.—(A Marichu.) Y este otro para ti.

MARICHU.—¡Ay, muchas gracias, señorita!

PAZ.—Compraos unas medias, si os alcanza. Y, a cambio, voy a pediros un favor. Es preciso que vigiléis al señorito Adolfo y me enteréis de la vida que hace.

MARICHU.—¿Es que sospecha la señorita?

PAZ.—Tengo la seguridad de que me la está dando con queso, y eso no. ¡Si se ha cansado de mí, que lo diga noblemente y le arranco los ojos!...

LOLITA.—(Entrando.) ¡Señorita, el Marqués!

PAZ.—¿A estas horas? ¿Pero es que también voy a tener que resistirle por las mañanas?

LOLITA.—¡Cuidado, no le oiga!

PAZ.—¡Qué ganas tengo de que llegue septiembre para que se vaya con su familia a la finca de Badajoz y me deje en paz! Me va a parecer un sueño... ¡Dos meses sin verle!... ¡Dos meses sin escuchar sus estúpidas palabras de amor!... Bueno, hazle pasar. ¡Este va a pagar hoy mi mal humor!

LOLITA.—(Aparte al mutis.) ¡Sería el primer día que no le hiciera pagar algo!

(Inmediatamente vuelve a escena, siguiendo al MARQUES. Este es un hombre de cincuenta años, elegante y atildado.)

MARQUES.—¿Se puede, cuscurrinina mía?

PAZ.—Hola. ¿Eres tú? ¿No te tengo dicho que no vengas nunca sin avisar?

MARQUES.—¡Pero mujer!...

PAZ.—¿Qué traes, flores? (Displicente.) Déjalas en cualquier sitio. Ya sabes que a mí no me gustan las flores. ¡Más te valía haberme traído el collar que vimos ayer en la sucursal de Alcixandre!

MARQUES.—¡Pero, hijita, si no me das tiempo a nada! Toma, y no seas impaciente. (Le da un estuche.)

PAZ.—(Contentísima.) ¿Eh?... ¿Pero me has comprado el collar? ¡Ay, y si es precioso! Me gusta todavía más que en el escaparate. Sírvenos unos "wiskys", Lolita.

LOLITA.—Sí, señorita. (Mutis por la izquierda.)

PAZ.—¡Ay, déjame que te dé un abrazo, papuchitín mío, que eres el hombre más bueno del mundo!

MARQUES.—¿De veras?

PAZ.—Por eso te quiero lo que te quiero, y cuando no estás a mi lado las horas se me hacen siglos.

MARQUES.—A propósito de eso vengo a hablarte. Es preciso que nos separemos durante tres meses.

PAZ.—(Sin poder disimular su alegría.) ¿Te vas a la finca?

MARQUES.—No; esta vez eres tú la que tiene que irse a Lisboa. Y ha de ser esta misma noche.

PAZ.—(Con mimo.) ¿Y voy a estar tres meses separada de ti? ¡Tres meses sin verte! ¡¡Tres meses sin escuchar tus ardientes palabras de amor!! (Aparte a la camareras.) Id a la habitación del señorito Adolfo y decidle que se prepare, que esta noche viene a Lisboa conmigo.

(Mutis las camareras por la segunda derecha. LOLITA sale, sirve el "wisky" y se retira por la primera izquierda.)

MARQUES.—Bueno, te advierto que para explicarte esto tengo que empezar por remontarme treinta años atrás.

PAZ.—No te importe. Después del detalle de comprarme el collar, hoy te dejo que te remontes todo lo que quieras.

MARQUES.—Pues verás: Un amigo mío de la infancia, Javicrito Caso, muy aficionado a alternar con aristócratas y con toreros, en ocasión de asistir a una tienta en la ganadería del duque de Grazalema, se enamoró de una mocita del cortijo, Mariquita la Gaditana, que, según dicen, era un cromo. Total, que se casó con ella y se la llevó a Méjico. Allí tuvieron un hijo y allí vivían modestamente, hasta que al morir el duque de Grazalema se averiguó que Mariquita era hija suya y que el duque le había dejado en el testamento una buena parte de su fortuna: unos ocho millones de pesos.

PAZ.—¡Vaya suerte!

MARQUES.—Y ahora empieza lo más interesante. Y es que, hace dos años, me escribió a mí doña Mariquita, comunicándome que había enviudado y agregando que su marido, al saber que yo tenía una hija aproximadamente de la edad del suyo, se fué al otro mundo con la ilusión de que se casasen nuestros chicos, para así juntar los millones de su hijo Javier con los pergaminos de mi hija Marisa.

PAZ.—No está mal pensado.

MARQUES.—En resumen: que doña Mariquita, queriendo que se cumplan los deseos de su difunto, desembarcó ayer en Barcelona y hoy llegó a San Sebastián a que su hijo conozca a Marisa y se formalicen las relaciones.

PAZ.—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

MARQUES.—Es que ha llegado a mis oídos que doña Mariquita es una señora un poco chapada a la antigua, y si se entera de esto nuestro a lo mejor no autoriza la boda.

PAZ.—¡Ah! Pues no quiero yo que por mi culpa... (Levantándose.) Las cosas sobre la marcha. ¡Lola!

LOLITA.—(Dentro.) ¿Señorita?

PAZ.—Ve metiendo en la maleta mi ropa interior. Mientras tanto, yo me voy a vestir.

MARQUES.—Te acompañaré, y así ultimamos detalles. (Suspirando cómicamente al mutis.) ¡Ay, tres meses sin escuchar tus palabras de amor!...

PAZ.—¡Tres meses!... ¡Qué cortos se me van a hacer!

(Mutis los dos por la izquierda. Por la derecha entran en escena varias ADMIRADORAS, muchachas jóvenes y elegantes.)

ADMIRADORA 1.ª—¡Mira! ¡Ahí se acerca!

ADMIRADORA 2.ª—Pasad y le esperamos aquí.

(LOLITA por la izquierda con unas ropas interiores de Paz.)

LOLITA.—¿Eh? ¿A quién aguardan ustedes?

ADMIRADORA 3.ª—A Adolfo Cifuentes, el peliculero.

ADMIRADORA 1.ª—Sabemos que viene a esta habitación y queremos que nos firme unas fotos.

LOLITA.—¿Ah, sí?

ADMIRADORA 4.ª—¡Es un hombre tan interesante!...

ADMIRADORA 1.ª—Como que parece un protagonista de novela rosa: galán de cine, amigo de una mujer de moda y en vísperas de casarse con la hija de un marqués.

(Entra en escena ADOLFO CIFUENTES, que queda sorprendido al ver a sus admiradoras.)

ADOLFO.—¡Oh, caramba, qué concurrido está esto! Buenos días, señoritas.

ADMIRADORA 2.ª—Quisiéramos que nos firmase usted un retrato a cada una.

ADOLFO.—Con mucho gusto. Traigan acá. (Escribe en una fotografía, que entrega a Admiradora 2.ª) "A una mujercita linda de quien nada sé y quisiera saberlo todo."

ADMIRADORA 1.ª—¡Qué bonita dedicatoria! Póngame otra igual.

ADMIRADORA 3.ª—¡Y a mí!

LOLITA.—Bueno, voy a vigilar, no salga mi señorita y les ponga a ustedes una postdata. (Vase segunda izquierda.)

ADOLFO.—"A la mujer de mis sueños."

ADMIRADORA 1.ª—¿Eso quiere decir que ha encontrado usted a la mujer soñada?

ADOLFO—¡Cualquiera lo sabe!... En todas quisiéramos encontrar a la mujer de nuestros sueños... Pero esa mujer huye de nosotros, como lo que es, como una sombra.

MUSICA

ADMIRADORA. ¿Y cómo es la mujer que usted soñaba?
ADOLFO. Muy difícil, lo confieso.
ADMIRADORA. ¿Es frívola, formal, coqueta o pava?
ADOLFO. Es un poco todo eso.
ADMIRADORA. En el amor no existen imposibles;
si la busca, la tendrá,
que hasta sueños increíbles
se vuelven realidad.

ADOLFO. Besando aquí y allá
de boca en boca fuí
buscando siempre a la mujer que presentí.

(Salen las vicetiples.)

Divina mujer
que mi fantasía creó
y sólo en mis sueños vivió...
Divina mujer
que supo mi amor encender
y nunca mis ansias calmó.
En pos de mi quimera
pasé la vida entera,
porque pensé
que un día en mi vida quizá...

ADMIRADORA. Aquella mujer
que su fantasía creó
podría en sus brazos caer,
si aquel ideal
lográse un milagro de amor
volverlo de carne mortal.

ADOLFO. Por eso, al conocerte,
hoy tiemblo de inquietud;
quisiera saber
si aquel ideal eres tú,
divina mujer.

TODOS. En el amor no existen imposibles,
si la busca, la tendrá,
que hasta sueños increíbles
se vuelven realidad.

ADMIRADORA. Divina mujer
que su fantasía creó
y sólo en sus sueños vivió...
Divina mujer
que supo su amor encender
y nunca sus ansias calmó.

ADOLFO. Por eso, al conocerte,
hoy tiemblo de inquietud;
quisiera saber
si aquel ideal eres tú,
divina mujer.

(Con los últimos compases del número hacen mutis todas las admiradoras.)

HABLADO

LOLITA.—(Entrando.) ¿Qué, ya le han dejado a usted tranquilo?

ADOLFO.—¡Son unas niñas cursis! Pero te habrás dado cuenta de que yo sé ponerme a tono.

LOLITA.—¡Menudo pinta está usted hecho!

ADOLFO.—Oye, ¿y es cierto que ha dicho tu señorita que quiere que me vaya con ella de viaje?

LOLITA.—Esta misma noche salen ustedes para Lisboa.

ADOLFO.—Bueno, eso que se le quite de la cabeza. ¡A ver si por un capricho de esa loca voy a perderme yo lo que tú sabes!...

LOLITA.—Ya, ya. ¡Ser el yerno de un marqués, nada menos!... Pero cuidado, que está ahí dentro su suegro.

ADOLFO.—¡Bah! Como sabe que estoy al tanto de sus relaciones con Paz, no tienes idea de lo que me mima para que le guarde el secreto. ¡Lo tengo catequizado!...

LOLITA.—Y la niña, ¿qué tal?

ADOLFO.—¿Marisa?... ¡Esa está por mí que es una escalatorres!

LOLITA.—¿Cómo?

ADOLFO.—Quiero decir que se sube por las paredes.

LOLITA.—¡Usted siempre tan afortunado con las damas!

ADOLFO.—(Sin dejar de bromear.) ¡"Sex-appel" que tiene uno!

UBALDO.—(Apareciendo en la puerta de la derecha.) El fontanero. ¿Hay permiso?

LOLITA.—Pase.

UBALDO.—(Entrando en escena.) ¡De salú sirva!

ADOLFO.—¿Pero es usted, señor Ubaldo?

UBALDO.—(Sorprendido.) ¡Adolfo, chico!... ¿Tú aquí?... ¡Dame un abrazo!

LOLITA.—¿Se conocen?

UBALDO.—¿Y quién no conoce a un peliculero célebre?... ¡Pues pocas juergas que nos hemos corrido juntos!... Sobre todo, en Madrid, en Casa Juan. ¿Te acuerdas?

ADOLFO.—¡Como que allí me bebí lo que me traje de mi tierra!

UBALDO.—Cállate, hombre, que tié la vida una de sorpresas... ¿Quién nos iba a decir que aquel muchacho que se arruinó en la Bombilla iba luego a vivir de la pantalla? Bueno, ¿y qué haces por estas latitudes?

ADOLFO.—No sé cómo explicárselo. Bueno, usted ya sabe

que estas mujeres tienen dos clases de novios: uno, qué le paga todo...

UBALDO.—¡No sigas, que te conozco! Tú eres el que se lo encuentra tó pagao. Y m'has matao, porque ya no puedo hacer mi trabajo.

ADOLFO.—¿Por qué?

UBALDO.—Bueno, a tí se te pué decir la verdá. (Por Lolita.) ¿Es de fiar la joven?

LOLITA.—¡Soy la discreción con cofia!

UBALDO.—Pues bien: a mí la fontanería me trae sin cuidao. Yo venía a explotar un truco, gracias al cual llevo viviendo cerca de dos años.

ADOLFO.—¿Ah, sí?... ¿Y en qué consiste?

UBALDO.—Os lo explicaré. En cuanto localizo a una de estas pájaras que mantienen relaciones amorosas con un socio de los de aquí te espero... (Señal de dinero), me documento sobre la vida y milagros de la interfecta; y una vez al tanto de cómo se llaman sus padres, tíos, primos, sobrinos y demás allegaos, me presento a ella, como si fuera uno de la familia, me opongo con dignidad a sus amores ilícitos y, chicos, no falla: cómo a estos mecenas les molesta la proximidá de los parientes de sus parientas, de seguida me mandan a Ultramar... Ya me han pagao doce pasajes a la Argentina, ocho a Cuba y tres a Méjico.

LOLITA. — ¡Pues diga usted que se pasa la vida en el Océano!...

UBALDO.—No seas prima. Si yo no me he embarcao más que un domingo en el Retiro, y pa eso me mareé.

ADOLFO.—¡Sí que es un truco!... ¿Y siempre le mandan a usted tan lejos?

UBALDO. — Menos en Barcelona, que como los catalanes son tan listos, no he podido sacarles en to el invierno más que seis billetes pa Palma.

ADOLFO.—Sí, vamo, que le despachaban a usted con treinta duros.

UBALDO.—Hasta que me harté y le dije a un fabricante: ¿Pero usté cree que se pué comprar mi honor a precios de "escandallo"?... Lo que siento es que a este marqués le pensaba sacar hoy pa un viaje de recreo; pero, la verdá, siendo vosotros de la casa, me da reparo.

LOLITA.—Por mí no lo deje. ¿A mí qué me importa ese señor?

ADOLFO.—Ni a mí. ¡Si aquí chupamos todos!

UBALDO.—¡Entonces, de acuerdo!... Vosotros a oír, ver y callar. Y contad con un diez por ciento de lo que saque.

LOLITA.—¿Un viaje de placer y nos va usted a dar el diez nada más? ¡Anos, anda! ¡Ya nos dará usted el treinta, que eso es artículo de lujo!...

(Se oye a PAZ hablar dentro.)

ADOLFO.—¡Ojo, que ahí sale ella!

UBALDO.—(Cambiando de tono.) ¿Y qué es lo que dice usté que se ha descompuesto?

LOLITA.—(Disimulando.) La ducha.

(PAZ sale a escena elegantísimamente vestida de mañana.)

PAZ.—¡Hola, Adolfo!

UBALDO.—(Fingiendo una gran sorpresa al verla.) ¿Eh?... ¡Tú!... ¡Pacita! ¡¡Tú aquí!!... ¡A mis brazos!... (La abraza y empieza a besarla.)

PAZ.—¿Eh? ¿Qué hace usted?

UBALDO.—¿No me conoces? ¡Si soy tu tío!...

PAZ.—¿Mi tío?

UBALDO.—¡¡Tu tío Ubaldo!!

PAZ.—¡Usted debe estar confundido, señor!... Yo no tengo ningún tío que se llame de ese modo, ni le recuerdo a usted de nada.

UBALDO.—Como que no me has visto desde que eras así, cuando vivías con tu madre en aquella miserable casuca de la Guindalera. Yo soy un hermano de tu padre.

PAZ.—¿De mi padre? ¡Si yo soy hija de padre desconocido!

UBALDO.—¡Claro! ¡Por eso te resulto yo ahora un tío carnal desconocido también!... ¡Ah, pero si viviera tu madre!... (Melodramático.) ¡Ella te diría ahora cuántas veces me he quitado yo de la boca un pedazo de pan pa vosotras!... (Llorando.) ¡Pobre Mariana!

PAZ. — (Emocionadísima.) ¡Por Dios, no llore usted, tío, que vamos, es que!... (Sollozando.)

LOLITA. — (Llorando.) El caso es que a mí también me contagia!

ADOLFO.—¡Como que éste forma Compañía y hace polvo a Rambal!

UBALDO.—¡Lo que son las cosas!... ¿Cómo podía suponer que aquella pobre niña que dejé hace quince años en la Guindalera me la iba a encontrar ahora en la prosperidad?... ¡Déjame que te bese!

(En el momento en que la está besando sale el MARQUES y queda de una pieza.)

MARQUES. — ¿Eh?... ¿Cómo se entiende?... (Indignadísimo.) ¡Desvergonzado! ¡Soy fresco!

ADOLFO.—¡Cálmese, don Rogelio!

PAZ.—¡Que es mi tío Ubaldo!

MARQUES. — (Reportándose.) ¿Eh? ¡Oh, perdón, señor!

UBALDO.—(Muy digno.) ¿Y a título de qué se permite usté pedir cuentas a mi sobrina?... ¿Acaso...? (En trágico.) ¡¡No!! (A Paz.) ¡Dime tú que no!

PAZ.—(Asustada.) ¡Tío!...

UBALDO.—¡¡Dime que no es cierto lo que empiezo a sospechar!!

MARQUES.—¿Eh? ¿Qué sospecha?

UBALDO. — ¡Que es usté quien paga estos lujos y, por lo tanto... (A Paz.), ... tú eres la amante del señor Marqués del Páramo!...

MARQUES.—¿Cómo? ¿Me conoce?

UBALDO.—¡¡Y a la señora Marquesa también!!

MARQUES.—(Aterrado.) ¿Ah, sí?...

UBALDO. — (Declamando cómicamente.) Y como cuando se trata de defender mi honor soy un caballero de la tabla redonda, dos caminos me quedan solamente: uno, descubrírselo todo a la señora Marquesa, y que ella me ayude a lavar esta mancha...

MARQUES.—¡¡No!!... ¡Oiga, eso sí que no!!...

UBALDO.—Y el otro, marcharme a Buenos Aires, donde nadie me conoce... Donde todo el mundo ignora que una sobrina mía arrastra por el barrizal el limpio apellido que mi pobre hermano no le dió, ¡pero que pudo darle!...

PAZ.—¡Oiga usted, que yo!...

UBALDO.—¡Cállese la Dama de las Camelias!

ADOLFO.—(Terciando.) Bueno, a mí eso de que se vaya a Buenos Aires no me parece tan desacertado.

UBALDO.—Sí, pero ¿con qué dinero? Sepa usté, joven, que yo no tengo más patrimonio que mi honor y mi sopiete.

MARQUES.—Basta. Voy a firmarle un talón de diez mil pesetas, y mañana mismo sale usted para la capital del Plata. (Se sienta a extender el cheque.)

LOLITA. — (A Adolfo.) ¡Acabamos de ganarnos seis mil reales cada uno!...

PAZ.—(Mimosa.) ¿Y va usted a vivir allí solito, y en tierra extraña?... ¡Eso no, tío, de ninguna manera!...

ADOLFO.—¡Esta lo va a echar ahora a perder!

UBALDO.—Bueno, verás... Es que para mí aquella tierra no es tan extraña...

PAZ.—¿Ah, no?

UBALDO.—Ten en cuenta que yo he nacido cerca de la Avenida de Mayo.

PAZ.—¿No es usted de Navalcarnero, como mi padre?

UBALDO. — Sí; pero lo digo porque nací un treinta de abril, a las once de la noche. Más cerca de la "venida" de mayo, no pué ser!

MARQUES.—Lo mejor es que se vaya usted a Lisboa con su sobrina y embarque allí. Voy a sacar los billetes para esta noche. (Iniciando el mutis.)

UBALDO.—Pero oiga, oiga usté... ¿Y el cheque?

MARQUES.—¡Ah, sí; se me olvidaba! Toma, Pacita, cóbrado tú en Lisboa, y así le sacas tú misma el pasaje y le acompañas al barco.

UBALDO.—(Aparte.) ¿A que esta vez me tengo que ir de verdá?

MARQUES.—Adiós, cuscurrinina guapa... ¡No tardo!...

(Mutis segunda derecha.)

PAZ.—¡Adiós, adiós! (A Ubaldo.) Y usted vaya a adecentarse. (A Lolita.) Dale un traje de los que tiene ahí el señorito, y que se lo ponga.

LOLITA.—(A Ubaldo.) ¡Ande, que ha hecho su suerte!...

UBALDO.—(Al mutis.) ¡No hay quien me quite en Lisboa tres meses a mesa y mantel! (Vase con Lolita por izquierda.)

PAZ.—Y tú, anda, ve a preparar las maletas.

ADOLFO.—¿Quién, yo? ¡Yo con ese tío tuyo no me pongo en viaje!...

PAZ.—¿Qué dices?

ADOLFO.—Nada; que con el concepto que tiene del honor es capaz de denunciarnos.

PAZ.—Lo que a ti te pasa es que te has cansado de mí.

ADOLFO.—Vamos, no seas tonta. Tú te vas a Lisboa, y en cuanto le embarques me pones un telegrama, y voy a reunirme contigo.

PAZ.—¡Yo quiero que vengas esta noche!... No me digas que no. ¡Mira que vas a hacerme llorar!...

ADOLFO.—¿Llorar?

PAZ.—¡Sí, señor, llorar!... (Llora.)

MUSICA

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

ADOLFO. ¡Eso: ahora unas lagrimitas, que es con lo que las mujeres lográis lo que os da la gana!

(Cantándole mientras ella llora.)

Lagrimitas de mujer,
qué bien saben engañar...
Cómo logran a los hombres convencer
y luego su querer
burlar...
No me llores, por favor,
que tu llanto engañador
a besar me incita,
porque cuando lloras
eres más bonita
tú...

PAZ. (Recitado.) Sí; búrlate ahora... ¡Ríete de mí!

ADOLFO. (Cantando.)
No me llores, que tu llanto me conmueve
y va a hacerme claudicar...
¡Lagrimitas de mujer,
qué bien saben engañar!...

(Oscuro.)

(Al darse la luz aparece una decoració alegórica del llanto de la mujer. Van saliendo PAZ y varias LLORONAS.)

PAZ. La mujer cuando llora
sabe y entiende...

LLORONAS. ¡Cómo sufro, ay, ay, ay, ay, ay!...

PAZ. ...que consigue del hombre
lo que pretende.

LLORONAS. ¡Ay, qué pena, ay, ay, ay, ay, ay!

PAZ. A mi novio le gusta
verme llorar,
y mis lágrimas luego
viene a besar...
Aquel que sueñe
con mi querer,
ya sabe el flaco
de mi persona.

¡Si soy llorona,
qué le he de hacer!...

LLORONAS. Lloriqueando,
gimoteando,
es la manera de convencer...
Yo lloro tanto
porque es el llanto
arma invencible de la mujer.

PAZ. (Cómicamente.)
Fingir sollozos...,
hacer pucheros...,
lograr que acabe diciéndome:
(Tiernamente.)
No llores, por Dios, mujer,
y cuéntame tu dolor;
no llores, nena mía,
te lo pido por favor...
No llores, que mi querer
consuelo te prestará,
y el fuego de mis besos
en tus ojos el llanto secará.

TODAS. No llores, por Dios, mujer,
y cuéntame tu dolor;
no llores, nena mía,
te lo pido por favor.

PAZ. Tus lágrimas al caer
me queman el corazón;
¡ten compasión,
que vas
a hacerme padecer, mujer...!
¡No me llores más!

(Salen los BOYS y con ellos ADOLFO.)

ADOLFO y BOYS. No llores, nena mía,
te lo pido por favor

TODAS. Y al verme llorar así
me dicen con emoción:

ADOLFO. ¡Ten compasión,
que vas
a hacerme padecer, mujer...!

PAZ. ¡¡Déjame llorar!!

(Al terminar el número vuelve a aparecer la decoración del hotel, con PAZ y ADOLFO en la misma postura que quedaron. La orquesta

subraya el diálogo con el motivo de "Lagrimitas de mujer".)

HABLADO

ADOLFO.—¡Nada, no te molestes, que no me convences ni con lágrimas ni con suspiros!...

PAZ.—¿Será posible que me dejes ir sola?... ¡Adolfo, tú tienes otra mujer!

ADOLFO.—No digas desatinos.

PAZ.—Si es lo único que no sabéis hacer los hombres: disimular cuando nos engañáis.

ADOLFO.—Bueno, mira, te dejo, que a la una me esperan unos amigos.

PAZ.—(Rabiosa.) Veje, sí; pero conste que como yo me entere de que quien te espera a la una es la otra, te voy a armar una, y le voy a decir a la otra que te arme otra, que no te vamos a conocer ni la una ni la otra.

ADOLFO.—¿Eh?

PAZ.—¡¡Vas a saber tú quien es una si la de la una es la otra!! (Mutis izquierda.)

ADOLFO.—Bueno, la solución de este logogrifo es que a mí me rompen la cabeza. ¡O la una o la otra! (Mutis segunda derecha.)

(Suena el teléfono. Sale LOLITA.)

LOLITA.—(Al teléfono.) ¿Diga?... Sí, aquí es... No sé si la señorita podrá recibirla... ¡Oiga!... ¿Oiga?... Ha colgado.

PAZ.—(Por donde hizo mutis.) ¿Quién llama?

LOLITA.—Una amiga de la señorita. No ha dicho su nombre.

(Entra MARI-TERE, una muchacha lindísima y simpatiquísima.)

MARI-TERE.—Oye, rica, ¿es que para saludarte a ti hay que echar instancia?

PAZ. — (Agradablemente sorprendida.) ¿Eh?... ¡Mari-Tere!... ¿Pero eres tú, chiquilla?... ¿Cuándo has llegado?... (Lolita se retira discretamente por la derecha.)

MARI-TERE.—Ayer por la tarde. Y al ver hoy tu nombre en el fichero del hotel me he dicho: ¡Voy a dar una sorpresa a esa ingrata, que lleva más de dos años sin escribirme siquiera!...

PAZ.—¡Qué alegría! Siéntate. ¡Qué guapa y qué elegante

estás! Se ve que Sevilla te sienta de perlas.

MARI-TERE.—Mira, mejor será que no me nombres a Sevilla para nada.

PAZ.—Pero si me dijeron que este invierno te fuiste allí con Pepe Luis y que te tenía como a una reina...

MARI-TERE.—Sí; pero ya me ha destronado. Creo que sus papás le han obligado a dejarme. Vamos, eso es lo que dice él; que vaya usted a averiguar. ¡Son todos unos canallitas, chica!... Bueno, y tú, ¿qué haces? Cuéntame cosas. . .

PAZ.—Pues que me coges con el pie en el estribo. Esta misma noche me factura mi novio para Lisboa.

MARI-TERE.—¿Y te vas a ir sola?

PAZ.—Con mi tío Ubaldo.

MARI-TERE.—¿Qué tío Ubaldo es ese?

PAZ.—Uno que he conocido hoy mismo. ¡Algo que parece de folletín! Figúrate que mando llamar a un fontanero, y cuando se presenta resulta que es un hermano de mi padre... Y, claro, el hombre, emocionado, ha empezado a besarme y...

MARI-TERE.—Y te ha dicho que cuando eras pequeña se quitaba muchas veces de la boca un pedazo de pan...

PAZ.—¿Cómo lo sabes?

MARI-TERE.—¡Pero si ese es tío mío también!... Se presentó en Sevilla a velar por mi honor, hasta que le tuvo que dar Pepe Luis seis mil pesetas para que nos dejase tranquilos. Dijo que se iba a Zaragoza a despedirse de la Virgen del Pilar, y desde allí a Chile.

PAZ.—(Indignada.) ¡Ay, su madre!... ¿Entonces es un viva la Virgen? ¡Ahora verás! (Abre la puerta de la izquierda y llama.) ¡Tío!... ¡Tito!...

UBALDO.—(Dentro.) ¿Qué quieres, encanto?

PAZ.—Salga usted, que lo voy a presentar a una amiga.

UBALDO.—(Dentro.) No estoy visible.

PAZ.—Salga como esté, que es de confianza.

MARI-TERE.—¡Como sea el mismo, le araño!...

UBALDO.—(Dentro.) Mira que estoy en "deshabillé", y a mis años no me pega.

PAZ.—¿Que no le pega? ¡Salga salga usted y verá!...

(Sale UBALDO en mangas de camisa. Viene afeitándose. Trae una toalla al brazo, un espejito en la mano y en la otra una brocha, con la que se enjabona.)

MARI-TERE.—(Al verle, con ironía.) ¡Tío de mi alma!

UBALDO.—¡Arrea! ¡¡Si es otra sobrina!!...

MARI-TERE.—¿Pero cuándo ha vuelto usted de Chile?... ¿O es que todavía está en el Pilar?

UBALDO.—(Enjabonándose la cara.) Ahora, como verás, estoy en "el aseo"

PAZ.—(Indignada.) ¡Pues nosotras, al enterarnos de que las dos somos sobrinas de usted, hemos caído en la cuenta de que somos un par de primas!...

MARI-TERE.—(Conteniéndola.) Vamos, chica, no te sulfures. ¡Si todos son iguales!... El que más y el que menos tiene un truco para burlarse de nosotras... ¡Porque anda, que el que me han dicho que se gasta un Marqués que me hizo anoche el amor en el "Kursaal", ese sí que es nuevo!...

UBALDO.—(Interesado.) ¿Un truco nuevo?... ¡A ver, a ver cómo es!...

MARI-TERE. — Pues nada, que cuando se cansa de la amiguita de turno y la quiere poner al fresco, le hace creer que viene de Méjico una tal doña Mariquita a casar a su hijo con una hija suya...

PAZ. — (Pegando un salto.) ¿Qué dices? Entonces, ¿eso que te hizo anoche el amor es el Marqués del Páramo?

MARI-TERE.—¿Le conoces?

PAZ.—¡Como que es mi novio!

MARI-TERE.—¿El que te manda a Lisboa? ¿Y te ha contado ya la historia de doña Mariquita?

PAZ.—¡¡Y hasta me ha asegurado que llegaba hoy a formalizar la boda de su hijo Javier!!...

MARI-TERE.—Pero ¿cómo se va a formalizar esa boda si el propio Marqués me dijo anoche que su hija está a punto de casarse con Adolfo Cifuentes, el peliculero?

PAZ.—(De sorpresa en sorpresa.) ¿Con Adolfo?

MARI-TERE.—¿También le conoces?

PAZ.—¡¡Pero si es mi novio!!

UBALDO.—¡¡Esta mujer es novia de todo el mundo!!

PAZ.—¡Y me mandan a Lisboa! (Muy nerviosa.) Eso es que se han puesto los dos de acuerdo, porque les estorbo. ¡Ah, pero a mí no se me planta en la calle como a una criada!...

UBALDO.—¡Ni a mí!

PAZ.—¡Con lo que yo he sido para él! ¡Y después de lo que él ha hecho conmigo!

UBALDO.—¡Y conmigo!

MARI-TERE.—¿Con usted también?

UBALDO.—¡Eh, eh!... ¡Sin tomar el rábano por las hojas!

PAZ.—(Con decisión.) ¡Ahora veréis! (Al teléfono.) Póngame con el 43-35.

UBALDO.—¿Qué vas a hacer?

PAZ.—(Al teléfono.) ¿Casa del Marqués del Páramo? ¿La señora Marquesa?... ¿Al aparato?... ¿Cómo está usted, señora? Soy una buena amiga suya.

UBALDO.—(Asustado.) ¡Pero, chica!...

PAZ.—(Al teléfono.) No, no conoce mi nombre. Solamente le llamo para decirle que acuda usted inmediatamente al hotel Metrópolis, habitación diecisiete, si quiere sorprender a su esposo con otra mujer. (Cuelga.)

MARI-TERE.—Pero, ¡hija! ¿Qué has hecho? ¡Eso es una barbaridad!

PAZ.—¡De mí no se ríe ese hombre!

(En este momento llaman con los nudillos en la puerta de la derecha, y se oye al MARQUES hablar dentro.)

MARQUES.—¿Puedo pasar, cuscurrinina mía?

PAZ.—¡Ahí está! (A Mari-Tere.) Entretenle tú. Dile que he salido de compras. (A Ubaldo.) ¡Y usted venga conmigo, que ahora es cuando se va a ganar el cheque por las buenas!

UBALDO.—A ver si es verdad; porque está visto que en esta casa fracasan todos los trucos. (Vase con Paz por la izquierda.)

MARI-TERE.—(Abriendo la puerta.) Pasa, guapo.

(Entra el MARQUES, cargado de pequeños paquetes.)

MARQUES.—(Sorprendido.) ¿Eh? ¿Tú aquí?

MARI-TERE.—He venido a que me cumplas lo que me prometiste anoche.

MARQUES.—¡Chist! ¡Cuidado! Baja la voz, no sea que...

MARI-TERE.—No te asustes, que no hay nadie.

MARQUES.—¿De verdad?

MARI-TERE.—He visto salir a tu amiguita. Y he aprovechado para decirte que quiero que esta noche me lleves a bailar el tiroliro en la fiesta portuguesa que dan en el "Kursaal".

MARQUES.—¡Pero si yo no sé bailar eso!...

MARI-TERE.—Yo te lo enseño ahora mismo. ¡Si es muy fácil!

MUSICA

(Al atacar la orquesta cae a vistas un telón corto con motivos portugueses.)

MARI-TERE. De noche las mocinas de Braganza

bailan todas esta danza
que en su tierra es popular.

MARQUES. La danza que ha nacido en Tras-os-Montes
y abre nuevos horizontes
en el arte de bailar.

MARI-TERE. El tirolirolirolirolí...

MARQUES. ¡¡Así!!

MARI-TERE. El tirolirolirolirolá...

MARQUES. ¡¡Olá!!

MARI-TERE. Ha impuesto su cadencia primitiva
y en el mundo entero priva
esta danza popular.

MARQUES. ¡Bailando el tiroliro-tirolirolí
me creo que eres sólo para mí!

MARI-TERE. Por eso el portugués enamorado
ya no baila nunca el fado,
y al compás del tiroliro dice así:
Menina minha menina
eu quero teu coraçao,
e ver brilhar no teus olhos
o fogo da tua paixao...
¡Ao som da boa consertina
dansa ensima el tiroliro-tirolirolirolí!

MARQUES. ¡E logo dança, engraçada,
ben embaixo el tiroliro-tirolirolirolá!

(Bailan cómicamente el tiroliro y hacen mutis. Se levanta el telón corto y aparece una decoración que representa un paisaje típico de la provincia portuguesa de Tras-os-Montes. LA PORTUGUESA 1.ª (vedette), UN PORTUGUES (bailarín), PORTUGUESAS (tiples) y PORTUGUESES (boys), bailan y cantan el tiroliro mientras otros portugueses (vicetiples) hacen sonar las concertinas. Completa el cuadro una típica orquestina.)

PORTUGUESAS. Eu quero dançando ligeira
dar voltas e voltas y enteira
la noute passar asím.
Dançando com louco alvoroso
ao som cadencioso.
alegre y airosso
del tirolí...

TODOS. Menina minha menina
eu quero teu coraçao,

e ver brilhar no teus olhos
o fogo da tua paixao...
¡Ao som da boa consertina
etcétera, etc.

(Al terminar el número, cortinas. Sigue la música en la orquesta. Salen por delante de las cortines MARI-TERE y el MARQUES bailando de nuevo los últimos compases del número. Al terminar la música, se levantan las cortinas apareciendo otra vez la decoración del hotel.)

HABLADO

MARQUES.—¡No está mal del todo esto de tiroliroliroli! Bueno, a las diez te vendré a recoger para ir a la fiesta.

MARI-TERE.—Sí, pero con la condición de que, cuando te canses de mí, no me hagas lo que a Paz. ¡Conmigo no te sirve el truco de doña Mariquita!

MARQUES.—Pero si no es truco...

MARI-TERE. — ¿Que no, y es el que has utilizado con todas?

MARQUES.—Porque creía que esa señora no vendría nunca a España; pero mira el telegrama que he recibido hoy.

MARI-TERE.—¿Entonces esa doña Mariquita no es una invención tuya?

MARQUES.—¡Claro que no!

MARI-TERE. — (Aparte.) ¡Y Paz creyéndose que es un camelo!

LOLITA. — (Entrando asustada.) ¡Ocúltese usted, señor Marqués!

MARQUES.—¿Eh? ¿Qué pasa?

LOLITA.—¡Su señora! ¡Que viene su señora!

MARQUES.—¡Cómo!.... (Aterrado.) ¿Mi señora aquí? ¿A qué?

LOLITA.—¡Alguien ha debido enterarle de todo y viene a sorprenderle!

MARQUES. — (Alarmadísimo.) ¿Y qué hago yo ahora? ¡Con lo que es mi mujer!

LOLITA.—A mí el que más me ha asustado es un señor que viene con ella.

MARI-TERE.—¿Ah, pero viene con un señor?

LOLITA.—Un tío de muy mal genio, que debe ser peor que una tormenta. No sé qué dice de rayos y truenos, y de que vota a un tal Satán.

MARQUES.—(Aterrado.) ¡Ese es mi cuñado Leo! ¡Estoy

perdido! ¡Pronto! (A Mari-Tere.) ¡Escóndete! (A Lolita.) Y tú también. ¡Que no os vea a ninguna.

MARI-TERE.—Pero ¿tan celosa es tu señora?

MARQUES.—No; si el celoso es mi cuñado.

MARI-TERE.—¿Cómo?

MARQUES.—Celoso del honor de la familia. ¡Desde que le tenemos en casa hace dos meses nos trae mártires a todos! Estaba de guarnición en Fernando Póo, y debido, sin duda, a su carácter, sus mismos compañeros le han hecho pedir el retiro.

(Se oye golpear la puerta.)

LEO. — (Dentro.) ¡Abran ustedes o echamos la puerta abajo!

LOLITA.—¡Ahí está!

MARQUES. — (Empujándolas.) ¡De prisa! ¡Metcos en un armario! ¡Donde sea!

(MARI-TERE y LOLITA hacen mutis por la derecha primer término. El MARQUES abre la puerta de la derecha. Aparece la MARQUESA, una señora como de cincuenta años, muy encopetada.)

MARQUESA.—¿Eh? ¡Rogelio!...

MARQUES.—¡Micaela!...

LEO.—(Entrando. Es un hombre como de cincuenta y tantos años, de aspecto severísimo y con cara de muy pocos amigos.) ¡Mal marido!...

MARQUES.—(Muy apurado.) Yo os explicaré...

LEO.—¡Tu presencia en esta habitación economiza todas las explicaciones!

MARQUESA.—Pasa, hija mía.

(Entra MARISA, una muchacha guapa y elegante. Tipo de niña moderna.)

MARQUES.—¿Pero vienes con la niña?

MARQUESA.—Sí. Quiero que vea lo canallas que sois los hombres, y que aprenda.

MARISA.—¡Por Dios, mamá, cálmate!

LEO.—¡Silencio! Y yo he hecho venir también a los criados para que sean testigos de tu adulterio.

MARQUES.—¡Pero si yo no!...

LEO.—¡He dicho que silencio! Pasen ustedes. ¡De frente!

(Entran la INSTITUTRIZ, dos DONCELLAS, la COCINERA, el CHOFER, el MAYORDOMO y un PORTERO DE LIBREA.)

MAYORDOMO.—Con permiso.

DONCE. 1.ª—¿Señora?...

CHOFER.—¿Señor?..

INSTITUTRIZ.—¡Gud bay!

MARQUES.—¡Se han traído a toda la servidumbre!

LEO.—Y no he traído al ama de llaves por no dejar sola la casa. Es necesario que vean con sus propios ojos la tragedia que aquí va a ocurrir, para que luego declaren en favor de mi hermana.

MARQUESA.—¡Tú estabas aquí con otra mujer!

MARQUES.—¡Te juro que no!

LEO.—¡Basta! No mientas encima. Ya sabes que yo con la mentira soy inflexible. ¡Tienes cinco minutos para hacer la recomendación del alma.

MARQUES. — (Apurado.) ¡Pero, oye, Leo, caray!. Pero ¿cómo voy a hacer en cinco minutos una recomendación de tanto interés?

LEO.—¡Traicionar a una pobre esposa! ¡Qué vergüenza! ¡Si mi difunta Africa levantase la cabeza, te diría que en veintiséis años de matrimonio no la engañé ni una sola vez!

MARQUES.—(Indignado.) ¡Será caradura!... ¿Y cuando te escapaste a Barcelona con aquella cupletista de Romea?...

LEO.—¡Tampoco entonces la engañé! Tuve la sinceridad de anunciárselo la víspera. Yo no miento nunca. Desde aquel día tengo esta cicatriz.

MARISA.—¿Pues no decías que era una herida de campaña?

LEO.—¡Eh, cuidado! Yo siempre he dicho que era una cicatriz de Africa.

MARQUESA.—¡Callad! ¡Ahí dentro se oyen toses!...

MARISA.—¡Y son femeninas!

MARQUES.—(Aparte.) ¡Estoy perdido!

(Aparece PAZ en segunda izquierda. Viene vestida de muchacho elegante. Sale fumando y trata de imitar ligeramente el acento mejicano.)

PAZ.—¿Qué hace usted, Marqués, que no pasa?

MARQUES.—¿Eh? (Sorprendidísimo.) ¡¡Pacita!!

PAZ.—¡Pero cállese no mas! ¿Esta dama es su esposa?

MARQUESA.—Su esposa soy, sí, señor.

PAZ.—No hay más que mirarla. Bella, simpática, distinguida... ¡y muy retechula!

MARQUESA.—(Esponjándose.) ¡Oh! ¿Quién es este joven tan amable?

MARQUES.—¿Quién va a ser? Pues la... vamos... ese... el que...

PAZ.—¿No me conoce, Marquesa? ¡Soy Javierito Caso!

MARQUES.—(Aparte, perplejo.) ¿Pero qué dice esta loca?

LEO.—¿Cómo? ¿El hijo de tu amigo?

PAZ.—El mismo.

MARQUESA.—¡Qué alegría!

MARQUES.—(Aparte, sudando.) ¡Verás qué lío se va a armar aquí!

PAZ.—He venido a España sólo por conocer a su hija Marisa; que me figuro será esta joven tan bonita y tan atrayente.

MARISA.—Muy gentil.

PAZ.—¡Linda chamaca!...

MARQUESA.—¡Oh! ¿Quién iba a pensar encontrarte a ti, cuando me dijeron que mi marido estaba citado con una mujer?...

PAZ.—¡Claro que lo estaba!...

MARQUES.—(Asustado.) ¿Eh?...

LEO.—¿Cómo?... ¿Qué?... ¡Hable!

MARQUESA.—¿Con qué mujer?

PAZ.—Con mi mamasita. ¡Mirenla, "no más"! Aquí sale.

(Aparece UBALDO, convertido en una respetable dama como de cincuenta y tantos años, peluca canosa, sombrero, etc. Nada de detalles ridículos. Toda su indumentaria, severa y elegante. Puede, eso sí, usar impertinentes y un gran abanico pasado de moda.)

UBALDO.—Tengan ustedes muy buenos días.

MARQUES.—(Horrorizado.) ¡¡El tío Ubaldo!!

MARQUESA.—¡Oh, doña Mariquita, sea usted bien venida!...

UBALDO.—¡Gracias, Marquesa! (Se besan.)

MARQUES.—(Desesperado.) ¡Y me la besa! ¡¡A este tío lo mato!!

MARQUESA.—Mi hermano Leo...

LEO.—A sus pies, señora.

UBALDO.—Beso a usted la mano.

MARQUESA.—(A su hija.) Saluda a doña Mariquita.

MARISA.—Señora...

UBALDO.—Es Marisa, ¿verdad? ¡Qué guapa! Dale un besito a esta pobre vieja, hija mía. (La besa, y a continuación

dice, fijándose en una de las doncellas.) Y esta otra, qué mona y qué rica... (La besa igualmente.) ¿Es de la familia también?

MARQUESA.—Es mi doncella.

UBALDO.—Una así necesitaba yo.

MARQUESA.—¡Oh, pues se la cedo!... Ya verá qué manos tiene. A mí, antes de que me dé cuenta, ya me ha desnudado.

UBALDO.—Conmigo va a sucederle al revés.

LEO.—¿Cómo al revés?

UBALDO.—Quiero decir que a mí me gusta despacito; despacito y buena letra.

PAZ.—(Aparte.) Este va a meter la pata.

UBALDO.—(A Marisa.) ¿De modo que pronto vas a ser mi hija?

MARISA.—(Enérgica.) Ni pronto ni tarde, señora.

TODOS.—¿Cómo?

MARISA.—¡Sépalo usted desde ahora mismo! Yo no me puedo casar con su hijo Javier, porque estoy enamorada de otro.

PAZ.—¿Y eso qué importa? Yo haré que le olvides, niña linda.

MARQUES.—(Nervioso.) Bueno, Micaela, no entretengas a doña Mariquita, que estará muy fatigada del viaje y querrá descansar.

MARQUESA.—¿Y se van a quedar en un hotel, donde todo son ruidos y ajetreos? ¡De ninguna manera! Ustedes vienen a mi casa.

MARQUES.—¿Cómo á casa?

MARQUESA.—Allí no se oye un ruido ni un grito. Yo soy devota de la tranquilidad, mi hermano esclavo del orden y mi marido amante de la paz.

UBALDO.—¡Eso ya lo sabíamos, señora!

LEO.—Entonces aceptan, ¿no es cierto?

PAZ.—En la seguridad de que no alteraremos sus costumbres. (Con intención.) ¡Marqués, va usted a tener Paz para rato!...

UBALDO.—Deseando estoy que se casen y tengan un bebé. Me pone tan contenta pensar que voy a ser abuela, que ya traigo un regalo para que mi primer nieto me recuerde siempre.

MARISA.—¡Ay! ¿Qué es, qué es?

UBALDO.—Un reloj. ¡El reloj de la abuelita! Acabo de comprarlo en Coppel.

MUSICA

Un reloj chiquitín, tin tin, tin,
con un tim... con un timbre que suena rin, rin.

LEO. Las manillas están, tan, tan, tan,
con un tan... con un tantarantán que se van.

PAZ. La abuelita compró
a su nieto el reloj
y los cuartos le dará.

TODOS. ¡Tin tan, tin!

MARQUES. ¡Tin!

LEO. ¡Tan!

UBALDO. Y después lo que sea sonará.

PAZ. Cuando sea mayor el chiquillo
y tenga bolsillo
de reloj...

MARQUESA Llevará de su abuela el recuerdo...

UBALDO. ¡Si no lo empeñó!

MARISA. Y el reloj, que es un fiel compañero,
también consejero
ha de ser...

TODOS. ¡Le dirá en cada hora qué debe de hacer!...

I

UBALDO. (Recitado.) **¡Horario matutino!**
A las diez de la mañana te levantas;
no madrugues, que es molesto madrugar,
y a las dos vete a comer, no te descuides,
que si no te habrán cerrado el restaurant.

II

(Recitado.) **¡Horario nocturno!**
A las diez, vete al teatro con la novia;
si además lleva una amiga, aún es mejor;
acompáñalas a casa a la una y media,
y en la cama tú te metes a las dos.

III

(Recitado.) **¡Servicio de estaciones!**
Cuando tengas precisión de hacer un viaje,
ve a las seis de la mañana a la estación,
y si logras en tres días el billete,
¡ya le puedes dar las gracias al Señor!...

TODOS **Un reloj chiquitín, tin, tin, tin,**
etc., etc.

HABLADO

MARQUESA.—Muy bien. (A los criados.) **Id vosotros a casa a prepararlo todo.** (Al chófer.) **Tú, espéranos en el coche.**

(Los criados, tras una reverencia, hacen mutis con un bis de orquesta. Cuando han desaparecido asoma MARI-TERE por la segunda izquierda.)

MARI-TERE.—¿Qué? ¿Se han marchado ya?
MARQUESA.—(Sorprendida.) **¿Eh?**
MARI-TERE.—(Al verlos, queda de una pieza.) **¡¡Ay!!**
LEO.—(Muy mosca.) **¿De dónde sale esta señorita?** (A su cuñado.) **¿Quieres decirnos quién es?**
MARQUES.—(Azoradísimo.) **¡Ah, sí! La... vamos... la ..** (Tragando saliva.) **¡¡La que faltaba!!**
UBALDO.—(Echando un capote.) **Es mi hija Gertrudis.**
MARQUESA.—¡Ah! ¿Pero tenía usted una hija?
PAZ.—Claro que sí. ¡Mi hermanita!
MARQUES.—(Aparte.) **¡Otra que se me mete en casa!...**
LEO.—¡Oh, y es muy linda! (A Mari-Tere.) **Dale un besito a este pobre viejo, hija mía.**
PAZ.—(Aparte.) **¡Bueno, aquí el que no corre, vuela!**
MARQUES.—(A Ubaldo.) **Pero oiga usted, doña Mariquita, ¿no me ha dicho usted que su niña tenía que irse de viaje esta misma noche?**
LEO.—¿De viaje?
MARQUES.—Sí, allí, a... Murcia, a pasar unos días con unos parientes.
MARQUESA.—¡Qué lástima! Me gustaría casarla con nuestro hijo Pepe Luis, que precisamente llega hoy de Sevilla en automóvil.
MARI-TERE.—¿Qué dice usted? ¿Pepe Luis y de Sevilla?
MARQUESA.—Sí. Queremos que olvide a una cupletista con quien ha tenido amores. ¡Y estoy segura de que como te vea a ti no vuelve a acordarse de la otra!...
UBALDO.—¡Oh!... Yo no puedo entregar mi hija a un joven juerguista y calavera.
MARQUESA.—Le advierto a usted que es todo un caballero. Con decirle que para no ponernos en ridículo hasta tiene la delicadeza de ocultar en sus aventurillas que es hijo nuestro...

MARQUES.—Sí, pero ésta tiene que irse a Murcia. (Empujando a Mari-Tere.) ¡A Murcia, a Murcia!

MARI-TERE.—(A Ubaldo.) ¡Ay, no, mamá! ¡Yo quiero quedarme para conocer a Pepe Luis!...

UBALDO.—(Aparte a Mari-Tere.) ¿Cómo? ¿Tú aquí, y Pepe Luis aquí, y a mí que me cree en Chile? (Alto.) Bueno, señores; el que se va a Murcia es un servidor...

LEO.—¿Cómo un servidor?...

UBALDO.—Quiero decir un servidor que tengo... vamos, para que me acompañe en estos viajes...

MARI-TERE.—Es que Pepe Luis viene de Sevilla y a mí los andaluces me encantan. ¡Son tan graciosos!... (A Leo.) ¿No opina usted lo mismo?

LEO.—¡No, señora! A mí la "grasia" de aquella gente me revienta. Sobre todo, después de lo que me hicieron en Sevilla, estos carnavales, que cada vez que lo recuerdo...

PAZ.—¡Ay! Cuente, cuente usted, don Leo. ¿Qué "susedió"?

LEO.—¡Las cosas de aquella tierra!... Que nos organizaron a mí y a otro compañero de promoción una juerguecita con dos flamencas y todo. Y ya se pueden ustedes figurar: vengan chatos, venga cante "jondo" y venga jamón serrano... Hasta que a las cuatro de la mañana se quitaron las caretas y resultó... (Con sarcasmo.) ¡Ya ven ustedes qué "grasia"!, que aquellas dos flamencas eran dos hombres vestidos de mujer...

MARQUESA.—¡Jesús!

PAZ.—¿Y qué "hisieron" ustedes?

LEO.—¿Qué íbamos a hacer ya, si estábamos metidos en ochocientas pesetas?... Ahora, que el día que yo me tropiece a alguno de ellos... ¡va listo! Porque eso de vestirse de mujer para embromarme a mí, ¡eso no se lo paso ni a mi padre!

UBALDO.—(Aterrado.) Bueno, señores... pues nada... decididamente yo me voy a Murcia.

LEO.—¡Ustedes vienen todos a casa, y no se hable más!

UBALDO.—Pero, ¿cómo voy a ir yo a su casa sin... vamos... sin ver siquiera el hotel, que me han dicho que es precioso?...

MARQUESA.—Nosotros mismos se lo enseñaremos. Anda, Marisa, vamos con ella.

LEO.—(Dando el brazo a Mari-Tere.) Y tú también, monina. (Hace mutis con ella, barbilleándola.) ¡Qué rica y qué guapa!...

MARQUES.—Entre tanto, yo me quedo a hablar con ésta. (Por Paz.)

MARQUESA.—¿Cómo?

MARQUES.—(Rectificando.) Con esta seriedad que me caracteriza.

UBALDO.—Sí, vamos a dejar solos a los hombres. (Aparte.) ¡Como pueda, me escurro.)

(Al quedar Ubaldo el último, se encara el Marqués con él y le dice:)

MARQUES.—¡Es usted un perfecto sinvergüenza!

UBALDO.—(Sin perder su tipo.) Caballero... No olvide que está hablando con una dama... ¡Vamos con el hombre!... ¡¡Desleugnado!!...

(Mutis cómico, abanicándose graciosamente.)

MARQUES.—(Indignado.) ¡Esto que has hecho es una locura!

PAZ.—¡Y lo que tú querías hacer conmigo, una canallada! ¡Conque veremos quién se ríe de quién! (Suena el teléfono.) ¿Diga?... Es para ti.

MARQUES.—(Al teléfono.) ¿Eh?... Al aparato... ¿Cómo? ¡¡Pero es posible!!

PAZ.—¿Qué pasa?

MARQUES.—(Colgando el auricular y limpiándose el sudor.) ¡¡La catástrofe!! (Habla de nuevo al teléfono.) Oiga, señorita: dígale a mi chófer que pase aquí, a la habitación, inmediatamente.

PAZ.—¿Te vas de viaje?

MARQUES.—(Desesperado.) ¡¡Me voy a suicidar!!

PAZ.—¿Pues qué sucede?

MARQUES.—¡Casi nada! ¡Que acaba de decirme el ama de llaves que, mientras mi mujer y mi cuñado han venido aquí, se han presentado en casa la verdadera doña Mariquita y su hijo!...

PAZ.—¡Dios mío! ¿Y qué piensas hacer?

MARQUES.—¿Qué se yo? Lo único que se me ha ocurrido de momento es que...

CHOFER.—(Por la derecha.) ¿Llamaba el señor?

MARQUES.—Pasa, Casildo. Tú eres discreto. Y como conoces a la señorita Paz, te habrás dado cuenta de lo que ha ocurrido aquí.

CHOFER.—De todo, señor.

MARQUES.—Pues bien, has de saber que la auténtica doña Mariquita se ha presentado en casa con su hijo. Así es que ahora vas tú con el coche y les dices que hemos salido todos urgentemente para la finca de Extremadura, y que tienes orden de llevarles allí.

CHOFER.—(Siempre serio y tieso.) ¿Y al llegar a la finca y ver que no están los señores?

MARQUES.—Entonces les dices que te habías confundido, que donde les esperábamos era en la finca de Motril, y sigues el viaje...

CHOFER.—¿Y al llegar a la finca de Motril?...

MARQUES.—¡Bueno, pero eso será ya la semana que viene, y nos da tiempo de ir pensando otra cosa!... Sí, porque descuenta sábado, domingo y lunes, que no se puede andar... Además, los llevas a treinta por hora, y cada cien kilómetros finges tener una "panne". ¡Ah! Y en la última dices que se te ha estropeado el guía.

CHOFER.—¿Y cómo llego yo a Motril, señor Marqués, con siete u ocho "pannes"?

MARQUES.—Es verdad. ¡Y sin guía!

PAZ.—¡Los meten en la cárcel!

MARQUES.—Tú haz lo que te digo. ¡Y llévate también al ama de llaves, no vaya a descubrirlo todo!...

CHOFER.—Está bien, señor. (Mutis.)

MARQUES.—¡Todo antes de que mi cuñado advierta la verdad!

(Entra ADOLFO con MARISA.)

ADOLFO.—¿Y dices que está aquí el que me quiere disputar tu cariño? ¡Pues eso vamos a verlo!

PAZ.—Sí, señor, yo soy. ¿Qué "hubo"?...

ADOLFO.—(Asombradísimo.) ¿Eh?, ¿Tú? (Al Marqués.) ¿Qué quiere decir esto?

MARQUES.—(Aparte.) ¡Disimule usted o estoy perdido!...

PAZ.—¡Yo! ¡Sí, yo! ¡El mismito! ¡Y te quitaré la novia, porque soy más guapo que tú, y más simpático que tú, y más elegante que tú!...

MARISA.—(Muy sorprendida.) ¿Pero se conocen ustedes?

ADOLFO.—A ti te cojo por el cuello y...

PAZ.—¿Quién, tú a mí? (Le da una bofetada.)

ADOLFO.—¿Eh?

PAZ.—¡Y "horita" verás! ¡En guardia y ponte "chango"!

(Se quita la americana y adopta una actitud de boxe.)

MARISA.—¡Por Dios!...

MARQUES.—¡No se pone "chango"!... ¡Y tú te pones la americana!

ADOLFO.—(Conteniéndose cómicamente.) ¿Y quién le pega ahora a una mujer?

PAZ.—(Amenazándole.) ¡En guardia, repito!...

ADOLFO.—¡Vamos, déjame!

MARISA.—¿Cómo? ¿Te acobardas? ¡Oh, qué desilusión!...

Papá, decididamente me caso con Javier, que acaba de demostrar que es un hombre.

MARQUES Y ADOLFO. ¿Eh?...

PAZ.—¡Yo, sí! ¡Nada menos que todo un hombre!

MARQUESA.—(Entrando, atribulada.) ¡Rogelio! ¡Rogelio! ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué horrible!

TODOS.—¿Qué ocurre?

MARISA.—¡Mamá!...

MARQUESA.—¡Nuestro hijo Pepe Luis!...

MARQUES.—(Alarmado.) ¿Cómo? ¿Qué?...

MARQUESA.—¡Acaba de llegar de Sevilla! ¡Y viene enfermo, depauperado!...

(Entra en escena PEPE LUIS, con cara de cómico desfallecimiento. Viene apoyándose en el MAYORDOMO y en el PORTERO.)

PEPE LUIS.—Muy malito, papá, muy malito. ¡Estoy hecho polvo!

MARQUESA.—¡Hijo de mi vida!

MARQUES.—¡La verdad es que se nos ha quedado en los huesos!

MARQUESA.—(A los criados.) Retírense. (Mutis los criados.)

MARISA.—¿Pero qué es lo que tienes?

PEPE LUIS.—(Llorando.) ¡¡Que yo no puedo olvidar a esa mujer!! Y que desde que, por obedeceros, he regañado con ella, no hago más que perder, y perder, a razón de cuatro kilos diarios; que miren ustedes lo que tengo que hacer para andar por la calle, apenas se levanta un poco de viento.

(Se saca una pesa como de diez kilos de cada bolsillo del pantalón.)

MARQUESA.—¿Y dices que cuatro kilos diarios?

PEPE LUIS.—¡Eso, por lo menos!... Pero si ayer, en Madrid, fuí a pesarme en una báscula del Metro y, al verme, se me acercó un empleado y me dijo que era una lástima que echase la perra gorda; que a mí me harían rebaja.

MARQUESA.—¡Pobre hijo mío! ¿Si habremos sido demasiado severos con él?

ADOLFO.—¿Y todo por un amor contrariado?

PEPE LUIS.—Desde que la abandoné se me aparece hasta

en sueños. Y no es eso lo peor, sino que, además, padezco alucinaciones.

MARQUES.—¿Cómo alucinaciones?

PEPE LUIS.—Sí, papá. La veo en todas partes. En cada mujer que miro se me representan su cara, y sus ojos, y su pelo... ¡Es como un fantasma que me persigue, como una visión que me alucina!...

MARQUESA.—¡Dios mío! ¿Será posible?

PAZ.—¡Pobre chaparrito!...

PEPE LUIS.—(Fijándose en Paz.) ¡Pero callen!... (Pasándose la mano por la frente.) ¡No!... ¡Sí!... ¡Ella es!

MARQUESA.—¿Cómo ella, si es Javierito Caso?

PEPE LUIS.—¿Lo ven ustedes? ¡Otra alucinación!

MARISA.—¿Pero es que este joven te recuerda a tu novia?

PEPE LUIS.—A mi novia, no; a una íntima amiga suya que se llama Paz.

PAZ.—(Alarmada.) ¿Eh?...

PEPE LUIS.—¿Ven ustedes cómo estoy muy malo?

(Llora. En este momento se oye gritar dentro a UBALDO. Todos prestan atención.)

UBALDO.—(Dentro.) ¡Socorro!

TODOS.—¿Eh? ¿Qué pasa?

MARQUESA.—¡Parece doña Mariquita!...

UBALDO.—(Entrando, asustadísimo, como huyendo de alguien.) ¡Socorro! ¡Escondedme, que me persigue!

TODOS.—¿Eh? ¿Quién?...

UBALDO.—¡¡Un picador de toros que se ha enamorado de mí!!

ADOLFO.—(Asombrado, al verle.) Pero, Marqués ¿qué es esto?

MARQUES.—¡Esto es la repanocha! Ya le he dicho que, oiga lo que oiga, no se asombre...

PEPE LUIS.—(Al ver a Ubaldo.) ¿Eh?... (Yendo, como ilumi nado, detrás de él.) ¡¡Sí!! ¡Es él! ¡¡Es él!!...

UBALDO.—¡Arrea!

MARQUESA.—Pero, ¿también doña Mariquita te recuerda a la otra?

PEPE LUIS.—Me recuerda a un sinvergüenza que me timó en Sevilla seis mil pesetas diciéndome que se iba a Chile.

TODOS.—¿Eh?

UBALDO.—¿Quién, yo?... ¡Ah, eso sí que no lo puedo escuchar. (A Paz.) ¡Vámonos de aquí, Javierito!...

PAZ.—¡Sí, vamos, mamasita!...

UBALDO.—(Haciendo mutis por la izquierda, muy digno.)

¡Confundirme a mí!... ¡A una dama!... (Aparte, con voz natural.) ¡De aquí hay que salir por pies, pero que ya!

ADOLFO.—(Yéndose tras ellos.) ¡A mí éstos no se me van sin aclararme este lío!...

MARQUESA.—¡Se va enfadadísima!

MARISA.—Has metido la pata.

PEPE LUIS.—Como que en todas veo lo que no son. ¡Yo estoy muy grave, muy grave!

MARQUES.—Tranquilízate, que no estás tan grave como supones.

PEPE LUIS.—¡Yo no puedo vivir sin aquella mujer!

MARQUESA.—Pronto te presentaremos otra que te hará olvidarla.

MARISA.—Aquí llega Gertruditas.

MARI-TERE.—(Entrando por la derecha.) ¿Está mi mamá?

MARQUESA.—Mira, Pepi: la hija de doña Mariquita.

PEPE LUIS.—¡Yo no quiero conocer a nadie!...

MARISA.—Pero, hombre, mírala al menos, y verás qué guapa...

PEPE LUIS.—(Al mirarla.) ¿Eh? ¡¡Tú!! ¡Mari-Tere! (Transición cómica.) ¡Pero no!... Ya sé que no eres ella. ¡Tú eres un fantasma! ¡Una visión!...

MARISA.—¿Una visión?

MARI-TERE.—¿Tan fea me encuentras?

PEPE LUIS.—(Muy nervioso.) ¡Vete! ¡Aparta!

MARQUESA.—¡Cálmate!

MARI-TERE.—¡Pero, Pepe Luis!...

PEPE LUIS.—¡¡Que se vaya de aquí, qu no la quiero ver!!...

MARISA.—¡Por Dios!

MARI-TERE.—¡Jesús, cómo se ha puesto!

PEPE LUIS.—¡Que se la lleven ahora mismo!

MARISA.—(Llevándose a Mari-Tere.) Anda, sí, vamos con tu mamá.

MARI-TERE.—¡Está que es un cacharro!... (Mutis los dos por la izquierda.)

MARQUES.—(Escamadísimo.) Oye, oye... Pero ¿es que esa es tu novia la de Sevilla?

MARQUESA.—¡Rogelio, por Dios!... A ver si va a resultar que tú también padeces alucinaciones... ¿Acaso no la conoces?

MARQUES.—Pues eso es lo que pasa, ¡que aquí nos vamos conociendo todos.

LEO.—(Entrando por la derecha.) Me han dicho que ha llegado mi sobrino.

MARQUES.—Ahí le tienes.

LEO.—No te veía desde que eras así. (Marcando medio metro de altura.) ¡A mis brazos!

PEPE LUIS.—(Al verle.) ¿Eh?... ¡Usted!... ¡¡Sí!!..

MARQUESA.—¿Otra alucinación?

PEPE LUIS.—No; ahora no es alucinación. ¡Ahora estoy seguro de que es él!

MARQUES.—¿Quién?

PEPE LUIS.—Un señor muy serio a quien dimos una broma en Sevilla, vistiéndonos de mujer.

LEO.—¿Eh? Oye, niño, ¿ y eras tú uno que llevaba un mantón de Manila blanco con flores encarnadas?

PEPE LUIS.—No, señor; el mío era azul.

LEO.—(Aparte.) ¡Menos mal!... Bueno, y a todo esto, ¿ha entrado aquí doña Mariquita?

MARQUESA.—Sí; huyendo de no sé quién.

MARQUES.—Por cierto que no sabemos lo que le ha ocurrido.

LEO.—Pues nada, que le estaba presentando yo a unos amigos que he encontrado en el "hall", y al oír su nombre se ha levantado el Gordo, un picador que estaba allí cerca, y ha empezado a abrazarla, diciendo que era el amor de su vida.

(JUAN MANUEL, un picador de toros, con una cara de bruto que espanta, aparece en la puerta.)

JUAN MANUEL.—(Entrando.) ¡El amó de mi vía y la lú de mi existensia, sí, señó!

LEO.—¿Eh? ¿Usted aquí?

PEPE LUIS.—¡El Gordo!

JUAN MANUEL.—Yo, que acabo de encontrá a la que me ha robao siempre er sueño, ¡a mi Mariquita de mi corazón!... (Confidencial.) Esa mujé, ahí ande la veis ostés, antes de casarse con er señorito aquer que se la yevó a Méjico, fué novia mía, cuando yo era un sagaliyo del Corrijo de Grasalema.

PEPE LUIS.—¿Y al cabo de los años le gusta a usted todavía?

JUAN MANUEL.—Sí que con er tiempo aquella cara tan bonita se ha convertío en una caricatura, ¡mardita sea!, que ya no se parese en ná; pero como tampoco uno es un ardoni que digamos, pue me caso con eya, que pa eso se ha quedao viuda y pa eso ha heredado ocho millones, ¡qué jinojo!

MARQUESA.—¿Y cómo va a casarse una señora así con un picador?

JUAN MANUEL.—Es que yo pico mu arto, Marquesa. ¡Y er que se oponga a este casorio se tié que matá conmigo!

MARQUES.—No, si no nos oponemos. ¡Salga, salga usted, señora! (Sacando a Ubaldo.) ¡Ahora me las vas a pagar todas juntas!

JUAN MANUEL.—¡Mariquita!

UBALDO.—¡No!... ¿Eh?... ¡Cuidao!.. ¡Que lo sujeten antes!

JUAN MANUEL.—¿Pero es que ya no te acuerdas de aquer moso que iba toas las noches a pelá la paya contigo? ¡Pues yo soy er moso, mi arma!...

UBALDO.—¡Usté qué va a ser "hermoso", si es más feo que Picio!

JUAN MANUEL.—¡Ven p'acá con tu Juan Manué, que quiero recuperá tu amó, y recuperá tus besos, y recuperarte a ti toa entera.

UBALDO.—(Cada vez más asustado.) ¿A mí?

JUAN MANUEL.—Y lo hé de conseguí con mi pajolera gracia. Porque has de saber que sigo tan festivo como entonces...

UBALDO.—Usté será festivo, pero yo no soy recuperable.

JUAN MANUEL.—Es que si no te casas por las buenas, ¡te rapto!

LEO.—(Interponiéndose.) ¡Antes tendrá usted que pasar por encima de mi cadáver!

JUAN MANUEL.—¿Qué dise?

LEO.—Que he llegado yo primero, y usted se pone a la cola.

JUAN MANUEL.—¡Oiga usté, arma mía!...

LEO.—¡Aquí no hay más arma mía que esta! (Saca de su bastón el espadín.)

PEPE LUIS.—¡Cuidado!

MARQUESA.—(Asustada.) ¡Por Dios!...

MARQUES.—¡Pero, señores, que esto es salirse por peteneras!

UBALDO.—¡Toma, como que he resultao la perdición de los hombres!

JUAN MANUEL.—¡A mí no hay quien me la dispute!

LEO.—(Heroico.) ¿Que no? Tenga la boddad, señora; salga usted. (Hace salir a Ubaldo, y luego, parodiando el final del primer acto de "Juan José" exclama, con cómica entonación.) ¡Sola va!... El que quiera, que vaya por ella. Pero no olvide que tiene que pasar por esta puerta y que en el pasillo está Locadio Pardo y Berruguete. (Mutis.)

JUAN MANUEL.—¡Mardita sea! ¡A ese tío le pico yo en tóo lo arto!

PEPE LUIS.—¡Y cae usted al descubierto!...

MARQUES.—Mejor será que lo arreglen por las buenas.

MARQUESA.—Venga usted a casa, que vamos a dar una

fiesta para presentar a doña Mariquita a nuestras amistades, y allí lo arreglan ustedes todo.

JUAN MANUEL.—¿Ah, sí?

MARQUES.—(Aparte.) ¡Nada, que se ha empeñado en meterme en casa a todo el mundo!

MARQUESA.—Haremos en su obsequio un número mejicano. Se titula "El corrido de las Tehuanas".

PEPE LUIS.—¡Venga usted y verá qué corrido sale!...

(Oscuro.)

MUSICA

(Telón corto que representa un paisaje mejicano. Está amaneciendo. Un MEJICANO recita sobre la orquesta.)

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

MEJICANO.—Amanese en México, manito... ¡Pues mírele no más cómo asoma el sol por el pico blanco de Orisaba y llega la mañana retechula!... ¡Andele, y no se dilate, que horita empieza en el Rancho el vasilón...!

MUJERES. (Dentro.)
Chula la mañana,
chula la mañana,
la mañana chula...

HOMBRES. Fresca mi morena
fresca mi morena
como una lechuga.

MEJICANO. Chula la mañana
cuando el sol envía
la primera luz...
Fresca mi morena
vuelve de la playa
de Salina Cruz.

TODOS. Cuando el sol envía
la primera luz.

MEJICANO. Fresca mi morena
vuelve de la playa
de Salina Cruz.

(Se levanta el telón corto y aparece una brillante decoración, que representa un rancho mejicano. Parejas de MEJICANOS aparecen bailando el corrido, que cantan una TEHUANA (vedette), un CHARRO (galán cantante). Orquestina en escena.)

TEHUANA. Al son alegre de un corrido mexicano
CHARRO. voy a cantarte, chaparrita, mis amores,
aunque ya sé que tu cariño espero en vano.

TODOS. ¡Ay, mi chama co, ca,
no te acalores!...

TEHUANA. Con la mirada te decía mis sentires,
CHARRO. pero el lenguaje de mis ojos no entendías,
que muchas veces nada ves por más que mires...

TODOS. ¡Ay, no te enfades,
que son manías!

CHARRO. Si sólo sueño con tu amor,
y suspirando pienso en ti,
¿por qué razones a ti no te pasa
lo mismo que a mí?

TEHUANA. Jamás mi amor ha de olvidar
el beso aquel que me robó,
por ser su boca la boca primera
que a mí me besó.

LOS DOS. Bajo el cielo mexicano
hay perfumes de quereres...
Es la flor
de sus mujeres,
rosal temprano
que es todo amor...

TODOS. ¡Ujuy!...
¡¡Bajo el cielo mexicano!!

(Entran cómicamente CUATRO GUAPOS.)

GUAPOS. Soy un terrible compadrito mexicano:
no hay quien se atreva a disputarme tus amores
y al que lo intente yo la nuez se la rebano.

TODOS. ¡Ay! ¡Al oírles
me dan sudores!...

(Entran otros CUATRO GUAPOS. También tipos cómicos.)

LOS CUAT. ¿Y quién ha dicho que la nuez me la rebana,
que voy a hacerme con su piel un par de botas
y con sus huesos un collar pa mi tehuana?

TODOS. ¡¡Ay!! ¡Cuántas muelas
que veo rotas!...
UN GUAPO. ¡Yo soy el tigre de Esnapur!
OTRO. ¡Yo tengo fama de chacal!
OTRO. A mí al parirme me dijo mi madre:
¡valiente animal!
LOS OCHO. Y solamente la mujer
me puede a mí domesticar,
pues si se ponen conmigo gachonas
empiezo a temblar.
TODOS. Bajo el sielo mexicano,
etcétera, etc., etc.
CHARRO. (Recitado.) ¡Pues ándele, güerita, y vámos horita con el sapatiao...! \

(Los guapos empiezan a tocar sus guitarras.)

UNA TEH. Anda mi novio revuelto,
pues cuando me suelto
mis trenzas morenas...
TODOS. ¡Ay!
OTRA TEH. Ve que otros hombres suspiran
y apenas me miran
él muere de pena.
CHARRO. (Recitado.) ¿Y aluego?
TEHUA. 1.º Aluego con mucho selo
yo le consuelo
de su dolor.
CHARRO. (Recitado.) ¿Y cómo?
TODOS. El cómo no ha de desirlo,
porque se queda
para los dos.
UNA TEH. Mira si con los rancheros
yo tengo "ataeros"
y tengo yo gancho.
TODOS. ¡¡Ay!!
OTRA TEH. Que basta madrugan por verme
y "asín" convenserme
camino del Rancho.
CHARRO. (Recitado.) ¿Y qué te disen?...
TEHUA 1.º A todos los gustaría
saber qué día
mi amor tendrán.
CHARRO. (Recitado.) ¿Y qué respondes?...
TODOS. Que aguarde al mes de febrero,

y el "día treinta"
se lo dirán.
LAS TRES. Pelaíto, pelaíto,
no me pidas, no, no, no...,
¡ay manito, ay manito!,
lo que no he de darte yo...
Rancherito, rancherito,
porque todo mi querer...
TEHUA. 1.º Me robó con palabras ardientes
un charro valiente
de Tehuantepec.
TODOS. ¡Y en la tierra de México entera
no habrá quien la quiera
lo mismo que él!...
GUAPOS. ¡Uy...! ¡Uyuyuy!...
UNO. (Recitado.) ¡Andele, rechinampas!... ¡Y no te rajes, patronsito!
OTRO. (Recitado.) ¡Pues duro y al jaripeo!...
TODOS. ¡Al son alegré de un corrido mexicano,
etcétera, etc.
¡Bajo el sielo mexicano
triunfa siempre mi querer!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salón de una villa en Monte Igueldo. Al fondo, amplio medio punto, que comunica con otra habitación, también amueblada elegantemente. Al foro, cristalera que da a una terraza, y en el forillo, vista de San Sebastián. A la derecha, arranque de escalera practicable, que conduce a un entrepiso, con puerta también practicable. Muebles adecuados. Un piano.

(Al levantarse el telón aparecen en escena distintos grupos. La MARQUESA y su hija MARISA toman un "cap", a la vez que conversan con DOÑA FILOMENA y tres o cuatro AMIGUITAS de Marisa. La **DONCELLA 1.ª** les atiende. Aparecen jugando al ajedrez DON LEO y JUAN MANUEL. Un grupo de MUCHACHOS fuman y charlan en el salón del fondo. Se oye dentro música de "jazz", sin que estorbe el diálogo.)

MARQUESA.—¿Otro "cap"?

INVITADA 1. —Gracias, Marquesa.

MARQUESA.—(A la doncella.) Sírvele a doña Filomena.

FILOMENA.—¡Por Dios!... ¡Si no hemos venido más que a felicitar a Marisa...! ¡Vaya suerte! ¡Encontrar un novio tan joven y tan guapo!...

INVITADA 2. —¡Y tan rico!

INVITADA 3. —Nos le tienes que presentar.

MARISA.—En cuanto le suelte papá, que le ha tomado tal cariño que me lo acapara. Toda la tarde están paseando por el jardín.

MARQUESA.—¡A mí me encanta que hayan simpatizado tanto!

FILOMENA.—Oye, y Adolfo, ¿qué dice de todo esto?

MARISA.—Está medio loco. Creo que ha jurado matar a Javierito.

FILOMENA.—¿Es posible?

MARQUESA.—Figuraos... Al verse compuesto y sin novia...

FILOMENA.—¡Oh! Pero eso... ¡Aún quedamos muchas solteras...! (Continúan hablando por lo bajo.)

JUAN MANUEL.—¡Jaque a rey y reina!

LEO.—¿Eh?...

JUAN MANUEL.—¡Sin enfadarse, amigo!...

(Los muchachos rodean a los jugadores.)

MUCHACHO 1.º—¿Cómo?... ¿Un jaque doble?

MUCHACHO 2.º—¡Pues es verdad!...

LEO.—(Quemadísimo.) ¡Y que no tiene arreglo! (Vuelve las piezas.)

JUAN MANUEL.—Y lo mesmo que le he ganao esta partía le ganaré la otra. Esa mujé zerá para mí.

LEO.—¡Eso lo veremos! (Enarbolando una silla furiosamente.)

TODOS.—¿Eh?... ¡Quietos!

MARQUESA.—¡Por Dios...! Pero ¿qué sucede?

JUAN MANUEL.—Ná, señora; su hermano, que se ha dejao ganá.

MUCHACHO 1.—¡Todo un campeón!...

LEO.—Voy a darle un consejo, pollo:

Si quiere usted ganar al ajedrez,
no se enamore nunca, ¡qué pardiez!...

FILOMENA.—¿Eh?... Pero ¿usted enamorado, don Leo?

MARISA.—¡Y haciendo versos y todo!...

LEO.—Eso quisiera, pero no me salen. Hoy le he encargado unos al Comandante Meneses, que tiene mucha facilidad. Y se los he mandado a ella como si fueran míos. Oigamos. (Los lee.)

"Cuando eras más joven y menos sensata,
tus rubios cabellos el oro cubría,
y ahora que te adoro con idolatría,
y tu amor me mata,
veo tus cabellos cubiertos de plata,
Mariquita mía..."

¿Qué les parece?

FILOMENA.—¡Oh! ¡Cubiertos de plata! ¡Hermoso símil!...

LEO.—Sí; pero yo creo que va a adivinar que son de Meneses.

JUAN MANUEL.—Los que yo l'he mandao son más cariñozos. ¡Flamenquismo puro!

"¡Te vi a dá un mordisco
en mitá e la cogotera,
que vaz a tené zeña!
hasta er día que te muera!"

¡Y además, míos, sin encargárzelos a nadie!

LEO.—(Aparte.) ¡Desde mañana aprendo yo a cantar flamenco! ¡A mí este tío no me achica!

(En este momento entran por el foro PAZ y el MARQUES. Aquélla viene vestida de "frac".)

PAZ.—¡Hola, jefesitos!... (A Don Leo.) ¿Qué húbole, Don Leo?

MARQUES.—(Saludando a las Muchachas.) ¡Oh, caramba, señoritas!...

FILOMENA.—¡Don Rogelio!...

MARISA.—Voy a presentaros: Javierito Caso... Unas amiguitas mías... Mi profesora de piano...

PAZ.—Mucho gusto... (Aparte.) ¡Qué cursis!

MARQUES.—(A unos muchachos que, en este momento, entran por el fondo.) Y ustedes, pollos, ¿qué hacen que no van a bailar con las muchachas?

MUCHACHO 3.º—Pero si doña Mariquita no nos deja una...

MARQUES.—¿Cómo?

LEO.—Se las ha llevado a todas y está jugando con ellas al escondite.

MARQUES.—¿Al escondite?

JUAN MANUEL.—Zí, señó; y contándoles chascarriyos verdes.

MARQUES.—(Aparte.) ¡Pero ese canalla!...

INVITADA 1.—¡Es cariñosísima!... Se ha pasado toda la tarde besándonos. Pero a todas, no vaya usted a creer...

MARQUES.—¡No, si lo creemos...!

MARQUESA.—¿Y lo llaneta y campechana que es?... Antes, mientras me bañaba, se ha metido en el cuarto de baño y ha estado haciéndome compañía.

MARQUES.—(Indignado.) ¿A ti?...

MARQUESA.—Y hasta me ha ayudado a enjabonarme.

MARQUES.—(Aparte.) ¡Lo ahogo! ¿Y tú lo has consentido?

PAZ.—Pero Marqués, entre mujeres, ¿qué de particular tiene?

LEO.—Aquí viene con las muchachas.

(Se oye dentro una gran algazara y entra

UBALDO, que sigue representando su papel de Doña Mariquita, rodeado de ocho o diez MUCHACHAS.)

UBALDO.—¡Por Dios, hijas mías, dejadme, que me mareais!...

CHICAS.—¡Que cante! ¡Que cante!...

LEO.—Señora... (Le ofrece el brazo.)

UBALDO.—Gracias, Leo.

MUCHACHAS.—¡Que cante, que cante!...

UBALDO.—¿Pero qué voy a cantar, con lo ronquísima que estoy?

MARISA.—Alguna canción de sus buenos tiempos.

FILOMENA.—El "Torna a Sorrento".

MARQUESA.—Aquí llegan los músicos.

(Viendo entrar al PIANISTA y al VIOLINISTA.)

UBALDO.—¡Que no, que no me atrevo!... ¡Que me da mucha vergüenza!...

LEO. — Le acompañaré yo. Vamos a cantar el dúo de la zarzuela "El Mosquetero lila".

TODOS.—(Aplaudiendo.) ¡Sí! ¡Sí!... ¡Muy bien!...

LEO.—¡Silencio!

TODOS.—¡Chist! ¡Chist!

MUSICA

(Acompañados por el piano y el violín, cantan el dúo, imitando con gestos y actitudes a los cantantes de zarzuela clásica.)

UBALDO. ¡Ay, madre, qué noche aquella...!
Noche de anhelos en flor...
Y "sin embargo" llovía,
por eso venía
en coche mi amor.

LEO. Mientras besaba tu mano,
rosa de un bello pensil,
te dije: ¡Niña hechicera,
mi dulce quimera,
capullo de abril...!

UBALDO. ¡Cuán desgraciada nací,
"desde que" te conocí;
pues—conseguiste, ¡oh, bien mío!

robar mi albedrío.
¡ay, triste de mí!...

LEO. ¡Ah!...
¿Por qué, por qué temblar,
si azul está la mar...?
Mariquita, quita, quita,
quita pronto ese abanico,
que oculta tu cara graciosa y bonita.

UBALDO. Caballero del plumero,
yo me muero de rubor
al oír sus falaces palabras de amor.

TODOS. Mariquita, Mariquita,
¿por qué ocultas esa cara
graciosa y bonita...?

LEO. ¿Por qué lo mismo no dices
que cuando fuí tu galán?

UBALDO. ¡¡Eran tiempos felices
que no volverán!!...

TODOS. ¡Ay madre, qué noche aquella...!
Noche de anhelos en flor.
Etcétera, etc.

LEO. (Mientras suena en el violín la melodía.)
¡El mágico poder
del límpido cristal
tienen, niña, tus miradas!...

TODOS. Si eres graciosa y bonita,
¿por qué lo mismo no dices
que cuando fué tu galán?

LOS DOS. ¡Eran tiempos felices
que no volverán!...

TODOS. ¡Eran tiempos felices
que no volverán!

ELLOS. ¡Que jamás volverán!

TODOS. ¡Que jamás volverán!

ELLOS. ¡Que no volverán!

TODOS. ¡Que no volverán!

LEO. ¿Que no?

UBALDO. ¡Que no!

LEO. ¿Que no?

TODOS. ¡Que no!

LEO. ¡Que no volverán!

TODOS. ¡¡Que no volverán!!

HABLADO

(Al terminar el número aplauden todos.)

MARI-TERE.—(Apareciendo en el entrepiso.) ¡Chist! Tengan la bondad, que Pepe Luis está excitadísimo.

FILOMENA.—¿Eh? ¿Quién es esta joven?

MARISA.—Gertrudis, la hija de Doña Mariquita.

INVITADA 1.—¿Y qué es lo que le pasa a Pepe Luis?

MARQUESA.—Lo que os decía antes: que después de los dos ataques de alucinación que le han dado en el hotel, le ha ordenado el doctor que guarde cama.

MARISA.—Y Gertrudis se ha convertido en su enfermera.

INVITADA 2.ª—¡Pobrecilla!

PAZ.—Ya veis: toda la tarde encerrada con él en la habitación.

FILOMENA.—¡Qué suerte! ¿Y no ha conseguido usted ponerlo bien?

MARI-TERE.—Hasta ahora no. Y eso que una ha hecho todos los posibles...

MARQUESA.—Esperaremos a ver cómo pasa la noche.

MARQUES.—(Alarmado.) ¿Cómo la noche? ¿Pero es que va a seguir aquí toda esta familia?... ¡Mujer, piensa que están acostumbrados a vivir con comodidades, y aquí tenemos las habitaciones justas!

MARQUESA.—Eso lo tengo yo solucionado. Mira: tú dormirás con mi hermano Leo en la habitación del segundo piso; Doña Mariquita se acostará conmigo, en nuestra alcoba.

UBALDO.—¿Eh?

MARQUES.—¡Hasta ahí podían llegar las bromas!

UBALDO.—El caso es que yo... prefiriría mejor con una de las doncellitas... Sí, porque yo por las noches, ¿sabe usted?..., doy mucha guerra

LEO.—Bueno, eso ya se arreglará. Vamos ahora al "bufet", que creo que nos ha mandado Chicote unos "cóteles" de lo mejorcito.

MUCHACHOS.—¡Vamos, vamos todos!

MARI-TERE.—Yo vuelvo con Pepe Luis.

(Van haciendo mutis. PAZ y MARISA, cogidas del brazo.)

UBALDO.—Pero... ¿está Périco en San Sebastián?

JUAN MANUEL.—Ayé mesmamente llegó.

UBALDO.—(Aparte, alarmado.) ¡Mi madre!... ¡A ver si me

conoce!... Sí, porque a ese también le saqué tres mil pesetas para irme a Jamaica a traerle unas botellas de ron!...

LEO.—(Ofreciéndole el brazo.) Gran señora...

JUAN MANUEL.—(Idem.) Mariquiya...

(Vánse por el fondo. Entra la DONCELLA 1.ª por la derecha, trayendo un telegrama en una bandeja.)

DONCELLA 1. — (Al marqués.) Señor: un telegrama urgente.

MARQUES. — ¿Otro?... A ver si es también del chófer... (Después de leerlo.) ¡Del mismo!

(La Doncella 1.ª se va por el fondo izquierda.)

MARQUESA.—¿Qué dice?

MARQUES.—(Quemadísimo.) ¡Que ha tenido otra avería en Burgos y que le mande por giro telegráfico mil quinientas pesetas!...

MARQUESA.—¡Pero si no hace ni dos horas que te ha pedido otras mil para arreglar una "panne" que había tenido en Vitoria!...

MARQUES.—(Aparte, mientras su señora lee el telegrama.) ¡Otro granuja que está abusando!... ¡Claro, como sabe que lleva a la verdadera Doña Mariquita y a su hijo!...

MARQUESA.—A mí lo que más me choca es que en los dos telegramas pone al final que si no le envías el dinero regresa en el primer tren. ¡Anda, qué caro te va a costar el viaje del ama de llaves!... Por cierto: no te he dicho que he telefoneado a una agencia de colocaciones para que me envíen otra cuanto antes. Sí, porque yo no puedo atender a todo.

MARQUES.—Está bien, mujer, anda. Vamos ahora a probar ese "cock-tail".

(Mutis los dos por el fondo. Por la derecha entran DOÑA MARIQUITA, DON ANTONINO y el MAYORDOMO.)

MAYORDOMO.—Pasen ustedes. Aunque les advierto que no sé si podrán recibirles.

ANTONINO.—Diga usted a la señora Marquesa que soy el director de la agencia de colocaciones; y que vengo con el ama de llaves que ha solicitado por teléfono.

MAYORDOMO.—Bien, señor.

(Mutis foro.)

ANTONINO.—¡Ya está usted servida, señora! Quería usted entrar aquí aunque fuera de lavandera, y hemos tenido la oportunidad de que hayan pedido con urgencia un ama de llaves.

DOÑA MARIQUITA.—¡Ha sido una gran suerte!

ANTONINO. — Sí; pero yo estoy violentísimo... Nunca ha hecho mi agencia esta clase de trabajos, y sólo por usted, Doña Mariquita...

DOÑA MARIQUITA.—¡Cuidado! Pueden oírle, y es preciso que nadie sepa en esta casa que la verdadera Doña Mariquita soy yo. Y a propósito, ¿está usted seguro de que habrá venido la señora que envió usted esta mañana para que pasase por mí?

ANTONINO.—A las doce en punto. Yo mismo la he dejado, con su hijo, en la puerta.

DOÑA MARIQUITA. — ¿Y habrá sabido representar mi papel?

ANTONINO.—De eso respondo. Ya le he dicho a usted que es una actriz formidable. ¡Carolina Rendueles! Ha estado de característica con Ortas y con Davó y Alfayate... Bueno, y del hijo, no hablemos... ¡Nada menor que Arturito Campos: un estupendo galán, que ni pintado para pasar por su hijo de usted! Ahora les conocerá.

DOÑA MARIQUITA.—No. Quiero que ni ellos mismos sepan quién soy yo. Yo tengo que averiguar cómo es esta familia... Y como usted comprenderá, de haberme presentado aquí por las buenas sé que me hubieran recibido con muchos halagos, pero también con muchos fingimientos...

ANTONINO.—Sí, claro...

DOÑA MARIQUITA.—Por eso prefiero que los halagos sean para la Rendueles, y mientras yo, desde mi puesto de ama de llaves, me podré enterar de todo lo que me interesa...

(Voces confusas dentro.)

ANTONINO.—¿Eh?... Alguien viene.

(En este momento se oye dentro una gran algazara.)

DOÑA MARIQUITA.—¡Parece una riña!

(Entran en el salón del fondo tres MUCHACHOS sujetando a JUAN MANUEL, que viene hecho una fiera.)

JUAN MANUEL.—¡Sortarme, que le hago porvo!

MUCHACHO 2.º—¡Quieto!

MUCHACHO 1.º—(Dirigiéndose al lateral.) ¡Llevaos a Don Leo al jardín!

(Aparecen en la terraza otros dos o tres POLLOS sujetando también a DON LEO, que está congestionado.)

LEO.—¡Lo mato!

TODOS.—¡Calma, calma!...

LEO.—(Dirigiéndose a Juan Manuel a través de la cristalera.) ¡A mí no me la piropea nadie! ¿Lo sabe usted? ¡¡Nadie!!...

JUAN MANUEL.—¡¡Y a mí no hay quien me la pize, porque me lio a puñalás con mi zombra!!

LEO.—¡¡Nos veremos las caras!!

(Se lo llevan por el forillo derecha.)

JUAN MANUEL.—¡Sortarme!

MUCHACHO 1.º—Bueno, ya está bien. ¡Siéntese y tranquilícese, hombre!...

JUAN MANUEL.—¡Pero que conste que eza mujé es pa mí toa entera! ¡Con impertinentes y tó!

MUCHACHO 2. —Eso, allá usted...

(Vánse los muchachos.)

JUAN MANUEL.—(Dirigiéndose a Doña Mariquita y a Don Antonino.) Sépanlo ustés también, si son visita de la casa.

ANTONINO.—¿Eh?... ¿Pero de quién nos habla usted, señor mío?

JUAN MANUEL.—¿De quién va a sé? ¡De Doña Mariquita, que es una mujé que ze laz trae!

DOÑA MARIQUITA.—(Sorprendida.) ¿Cómo de Doña Mariquita?

JUAN MANUEL.—Cuando de recién cazá ze despidió de mí pa dirze a Méjico, me juró que zi enviudaba se cazaría conmigo, ¡y me lo cumple!

DOÑA MARJQUITA.—(Reconociéndole.) ¿Eh?... ¡Sí, es él! ¡Juan Manuel! ¡El novio que tuve de soltera!... ¡Y no me ha conocido él a mí!... (A Juan Manuel.) ¿Pero tan interesado está usted por esa mujer?...

JUAN MANUEL.—¡Qué interezao ni qué interezao...! Lo que paza ez que ze trae de Méjico una pila de pezetas que azusta.

DOÑA MARIQUITA.—(Decepcionada.) ¿Y está usted seguro de que no se las habrá dejado allí?

JUAN MANUEL.—¡Zegurízimo! ¿No la he dicho a uzté que ez una mujé que ze las trae? ¡Puez ze las trae! Y zi no, yo haré que ze las traiga; porque ezta noche se cazi conmigo, quiera o no.

DOÑA MARIQUITA.—¿Eh? Pero...

JUAN MANUEL.—¿Ostés habéis visto dos guardias paseándose por delante de la puerta? Puez zon dos banderilleros, que lez he vestío azí pa que en cuanto azome Doña Mariquita la metan en un tazi y zargan gargueando con ella. ¡Ya tenemos preparao hasta er cura!

DOÑA MARIQUITA.—¿Es posible?

JUAN MANUEL.—¡Como que ze me iban a dir a mí sus miyones!... ¡A mí!... ¡Ar Gordo!... ¡Con lo que yo soy!... ¡Güeno, voy a vé zi eztá er tazi en zu punto!...

(Vase por la derecha.)

DOÑA MARIQUITA.—¿Se da usted cuenta de lo bien que hemos hecho enviando a la Rendueles? ¡Por lo pronto ya me he salvado de un peligro! Ahora hay que convencerla de que se deje raptar.

ANTONINO.—¿Cómo raptar?...

DOÑA MARIQUITA.—Claro. Así tendrá ese hombre que casarse con ella, y ya no me molestará a mí.

ANTONINO.—Le advierto a usted que si sale de aquí esa señora, no vuelve.

DOÑA MARIQUITA.—¿Por...?

ANTONINO. — Porque se enterará de la tragedia que ha ocurrido esta tarde en su casa, que es de pronóstico...

DOÑA MARIQUITA.—¿Eh? Pues ¿qué ha ocurrido?

ANTONINO. — Nada; su hija Engracia, que se ha ido a Pamplona con el novio, un pelotari que se llama Manolo Guillén. Y como ha resultado que el tal Manolo es casado y con tres hijos, figúrese el drama: primero se ha presentado el padre del pelotari, luego la mujer con los niños, y, al final, han salido todos para Pamplona con unas intenciones que no creo que ese pelotari gane ya una quiniela en su vida.

MAYORDOMO.—(Que habrá entrado en escena tan serio y rígido como siempre.) De parte de la señora, que pase usted a presentarse a ella.

DOÑA MARIQUITA.—¡Oh! ¿Eso quiere decir que estoy admitida?...

MAYORDOMO.—(A Don Antonino.) Y usted, señor, puede retirarse y mañana se le enviarán los honorarios a su agencia.

ANTONINO.—¡Por Dios!... No corre prisa. Salude a la señora Marquesa. A sus pies, señora.

(Mutis derecha.)

DOÑA MARIQUITA.—(Aparte.) Empezaré a indagar cómo hace la Rendueles su papel... (Al mayordomo.) Ahora que somos compañeros, tiene usted que decirme cómo es esa señora que ha llegado esta mañana.

MAYORDOMO. — ¿Quién, doña Mariquita?... ¡Cariñosísima!... Sobre todo con las mujeres. Sí; porque yo he ido antes a besarle una mano y me ha dao un bofetón que me ha saltao dos muelas.

(Hacen mutis por la izquierda. Se abre la puerta del entrepiso y aparece MARI-TERE tirando de un brazo de PEPE LUIS, que se resiste a salir. Pepe Luis va en pijama.)

MARI-TERE.—Anda, hombre, no seas tonto. Vamos a dar una vuelta por el jardín.

PEPE LUIS.—Déjame, que quiero seguir acostado.

MARI-TERE.—¡Mira que te conviene tomar el aire!

(Este diálogo, bajando por la escalera.)

PEPE LUIS.—¡Pero si me encuentro cada vez peor! Esos sellos que me han recetado me han puesto la cabeza como un bombo. Además, que el médico ha dicho que me tome uno cada tres horas, y usted me da tres cada diez minutos...

MARI-TERE.—Para que te pongas bueno cuanto antes.

PEPE LUIS.—¿Pero usted cree que llegaré a estar bien alguna vez?

MARI-TERE.—Pues hijo, si no llegas no será por falta de sellos...

PEPE LUIS.—¡Estoy muy grave, Gertrudis, muy grave!

MARI-TERE.—¡Y dale con Gertrudis!... ¿Pero cómo te quitaría yo esa obsesión?... ¿Cómo te demostraría que lo que has visto es la verdad, y nada más que la verdad? Que Javier no es mi hermano, sino mi amiga Paz; que Doña Mariquita no es mi madre, es el señor Ubaldo, el de las seis mil pesetas, y que yo soy Mari-Tere, ¡tu Mari-Tere!...

PEPE LUIS.—Todo eso me lo dice usted para consolarme, porque le da lástima mi situación; pero yo no lo creo.

MARI-TERE.—¡Te juro que no soy Gestrudis!

DONCELLA 1.—(Por el fondo.) Señorita Gertrudis...

MARI-TERE.—¿Eh? ¿Diga?

DONCELLA 1.—De parte de su hermano, el señorito Javier, que vaya usted al "bufet" en cuanto pueda, que le está esperando su mamá.

MARI-TERE.—Dile que voy en seguida.

(Mutis doncella.)

PEPE LUIS.—¿Lo ves? ¿Ves como eres Gertrudis? ¡Y lo peor es que te miro y veo en ti a Mari-Tere, y en el otro veo a la otra, y en la otra veo al otro! (Llorando.) ¡¡Y como siga así voy a acabar por no saber ni quién soy yo!!

DOÑA MARIQUITA.—(Entrando en escena por la izquierda.) ¡Oh! Perdón.

MARI-TERE.—¿Eh? ¿Quién es?

DOÑA MARIQUITA.—Soy la nueva ama de llaves, para servir a usted.

MARI-TERE. — Ah, muchas gracias. Yo soy la hija de Doña Mariquita.

DOÑA MARIQUITA.—¿Cómo?... ¿La hija de Doña Mariquita..., vamos, de... de la que ha venido hoy aquí?

MARI-TERE.—Claro.

DOÑA MARIQUITA.—(Aparte.) ¡Esta es la que se ha escapado con el pelotari!

MARI-TERE.—Y este es mi novio.

DOÑA MARIQUITA. — ¿Su novio? (Aparte.) ¡Lo van a echar todo a perder! (Enérgica.) ¿Y tienen ustedes la poca vergüenza de presentarse en esta casa?

MARI-TERE.—¡Señora!... ¡Sepa usted que mi mamá!...

DOÑA MARIQUITA.—Mire, joven; sé muy bien quién es su mamá y a lo que ha venido. ¡Así que conmigo no vale fingir!

MARI-TERE.—(Aparte.) ¡Está al tanto de todo! (Asustada.) ¿De modo que sabe usted que Doña Mariquita no es Doña Mariquita?

DOÑA MARIQUITA.—Pues si no lo sé yo, ¿quién lo va a saber? Estoy muy bien enterada de quiénes son todos ustedes.

MARI-TERE.—¡Me alegro! Así le dirá usted a mi novio la verdad, que a mí no me quiere creer.

DONCELLA 1.ª—(Apareciendo nuevamente.) ¿Señorita?...

MARI-TERE.—¿Eh?

DONCELLA 1.ª — Su mamá, que vaya usted inmediatamente.

MARI-TERE.—Ah, sí; voy ahora mismo. (Mutis doncella.) Por favor, señora, dígale usted a mi novio quiénes somos todos nosotros, a ver si se convence de una vez.

DOÑA MARIQUITA.—Bueno, pero yo...

MARI-TERE.—¡Vuelvo, vuelvo en seguida!

(Mutis foro.)

PEPE LUIS.—¡Dios mío! ¿Será verdad que no crán alucinaciones? Dígame, señora... A ver si usted me despeja el cerebro. ¿De modo que el que está pasando por Javier es Paz?

DOÑA MARIQUITA.—(Con extrañeza.) ¿Cómo Paz?... El que está pasando por Javier es Arturito Campos.

PEPE LUIS.—¿Eh? Pero, ¿no era la amiga de Mari-Tere?

DOÑA MARIQUITA.—No conozco a ninguna Mari-Tere.

PEPE LUIS.—¿Luego esta joven que estaba conmigo no es Mari-Tere?

DOÑA MARIQUITA.—¡Hombre, eso de sobra sabe usted que no!

PEPE LUIS.—¡Entonces, llevaba yo razón; Es Gertrudis, ¿verdad?, Gertrudis.

DOÑA MARIQUITA.—No, señor; es la Engracia.

PEPE LUIS.—(Asombrado.) ¿Cómo la Engracia? Bueno, espere usted que me tome un sello, a ver si me aclaro un poco, porque parece que empiezo otra vez a... (Se lo toma.) Vamos por partes. A ver si ahora me puedo enterar... ¿Es cierto o no es cierto que Doña Mariquita es el señor Ubaldo?

DOÑA MARIQUITA.—¿Está usted loco? Doña Mariquita es Carolina Rendueles, la madre de su novia.

PEPE LUIS.—(Hecho un lío.) ¿De mi novia?

DOÑA MARIQUITA.—Sí, hombre; no se haga usted de nuevas. ¡La que ha raptado usted esta tarde!

PEPE LUIS.—¿Cómo?... ¿Que yo?...

DOÑA MARIQUITA.—¡Vergüenza le debía dar a usted haber dejado abandonados a su pobre mujer y a sus tres hijos.

PEPE LUIS.—(Perplejo.) ¿Eh?... ¿Pero qué dice esta señora? ¡Aguarde usted a que me tome otro sello! (Lo hace.)

DOÑA MARIQUITA.—¡Anda, que bueno tiene usted a su padre! Le advierto que ha ido con su mujer do usted a buscarle a Pamplona.

PEPE LUIS.—¿Pero mi padre sabe que yo soy casado?

DOÑA MARIQUITA.—Naturalmente.

PEPE LUIS.—Bueno, está visto que lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. ¡Mira que saberlo mi padre y no saberlo yo!... Olga usted, tenga la bondad... ¿Y yo cuándo he tenido esos tres niños, que no lo recuerdo?

DOÑA MARIQUITA.—¡Eso... usted lo sabrá mejor que nadie!

PEPE LUIS.—¡¡Pues como no haya sido durante alguna alucinación, no me lo explico!!...

DOÑA MARIQUITA.—Mire, joven: usted se cree sin duda que no le conozco, y le voy a demostrar que sí, para que no siga haciéndose el desmemoriado. Usted es Manolo Guillén, el pelotari...

PEPE LUIS.—¿Cómo?... ¡Que yo!... ¿Pero está usted segura?

DOÑA MARIQUITA.—Segurísima.

PEPE LUIS.—¡¡No, si ya decía yo que acabaría sin saber quién soy!!...

DOÑA MARIQUITA.—¡Cuidado! Viene gente y no quiero que me descubran. Luego seguiremos.

(Mutis derecha.)

PEPE LUIS.—¡Qué tragedia la mía! Porque si yo soy Manolo Guillén, ¿cómo estoy en pijama en una casa extraña?

(Entran por el fondo MARI-TERE, ADOLFO y el MARQUES.)

MARQUES. — (Muy apurado.) ¡Por Dios, Adolfo, yo le ruego a usted que se reporte!

MARI-TERE.—¡Eso no lo puede usted hacer, Adolfo!

ADOLFO.—¡Vengo decidido! O usted deshace este enredo para que yo reanude mis relaciones con su hija, o tiro de la manta y descubro todo a la Marquesa...

MARI-TERE.—¡Baje la voz!...

ADOLFO.—¡Todo! Que ésta no es Gertrudis, sino Mari-Tere...

PEPE LUIS.—Oiga, pero... ¿en qué quedamos?

ADOLFO.—Que Javierito es su amiguita Paz, y que Doña Mariquita es el sinvergüenza de Ubaldo.

PEPE LUIS.—¡¡Otro que sufre alucinaciones!! Ahí va, tómese usted este sello, que le está haciendo más falta que a mí...

ADOLFO.—¿Eh? ¿Qué me da usted?

PEPE LUIS.—Nada, que ahora estoy yo muy bien enterado de todo y sé que ésta no es Gertrudis.

MARI-TERE.—¿Por fin te has convencido de que soy Mari-Tere?

PEPE LUIS. — ¡Vamos, anda, chica! ¡Tú eres... la Engracia!

TODOS.—(Asombrados.) ¿Eh?

PEPE LUIS.—Y Javier es Arturito Campos, y Doña Mariquita es la Renducles. Y ¿a que no sabén ustedes quién soy yo? Bueno, no llevo tarjetas, pero es igual. Yo soy Manolo Guillén, el pelotari. ¡Nada más que eso!

TODOS.—(Asustadísimos.) ¡Eh! ¿Qué dice?

MARQUES.—¡Pero hijo mío!...

PEPE LUIS.—¡Eh, alto!... ¿Qué es eso de hijo suyo? ¿Acaso ha ido usted esta tarde a buscarme a Pamplona, con mi mujer y mis hijos?

MARQUES.—¿Eh?... Yo no...

PEPE LUIS.—Entonces usted no es mi padre. ¡Las cosas claras!

MARQUES.—¿Pero qué dice?

PEPE LUIS.—¡La verdad, hombre, la verdad, que está uno harto de hablar con chalaos!... Y ahora mismo me voy a mi casa, que no sé dónde es, a buscar a mi mujer, que no sé cómo se llama, y después al frontón; que tampoco sé cuándo he aprendido a jugar a la pelota, pero, bueno, ya me lo dirán allí.

(Mutis cómico por la derecha.)

ADOLFO.—¡Está loco!

MARI-TERE.—Yo voy con él y, cueste lo que cueste, le demuestro quién soy.

(Vase por la derecha.)

MARQUESA.—(Por el fondo.) ¿Pero qué le ocurre a Pepe Luis?

MARQUES.—No sé... Yo creo que ha perdido el poco seso que le quedaba. Figúrate que me ha estado aquí diciendo que no soy su padre...

MARQUESA.—(Aparte.) ¡Dios mío!, ¿Y cómo se habrá podido enterar esa criatura?

MARQUES.—(Viendo a PAZ, que entra, por la derecha, en la terraza del foritlo y que queda hablando con varias INVITADAS.) Mira, Javierito, rodeado de todas las muchachas...

ADOLFO.—¿Eh?

MARQUESA.—¡Es tan guapo que se lo rifan!... Así está de enamorada nuestra hija.

ADOLFO.—(Sin poderse contener.) ¡Esto lo acabo yo ahora mismo!...

MARQUES.—¡Calma, por Dios!

ADOLFO.—¡Es que yo!...

MARQUESA.—A usted le invitamos a tomar un "cap".

MARQUES. — Sí, hombre. ¡Y si es preciso, le buscamos otra novia!

(Se lo llevan por la derecha. Entra en escena PAZ, rodeada de las INVITADAS (tiples.)

INVITADA 1.ª—Nos tienes que contar alguna de tus aventuras de amor.

PAZ.—(Aparte.) ¿Qué les cuento yo a estas?... Ah, pues veréis. Es una historia "casi" triste.

MUSICA

PAZ. Aquel amor
mi vida llenó,
y al fin, cruel,
de mí se burló...
Mujer,
mujer
coqueta y banal,
por qué,
por qué,
alientas un fuego...
sabiendo que luego
de aquel amor
pensabas huír
y en el dolor
mi vida hundir...

INVITADAS. Mujer,
mujer
coqueta y banal,

PAZ. ¿Por qué
mi amor
pagas tan mal?

(Salen las VICETIPLES con el fuerte de orquesta. Cambio de luz.)

TODAS. ¡En el cabaré
quiero yo olvidar!
Música de "jazband",
"cóteles" de besos,
risas de mujeres
como espuma de "champagne".

PAZ. Tus ojos brujos
me cautivaron

cuando en los míos
sedientos de amores
y ardiendo en deseos,
se clavaron...
Y en el misterio
de sus miradas
ya para siempre
sentí que mi vida
quedaba prendida
por ti.

TODAS. Aquellos ojos le cautivaron
y en sus miradas preso se quedó.

PAZ. ¡Ya para siempre
sentí que mi vida
quedaba encendida
de amor!

TODAS. Busca en sus noches de orgía
la loca alegría
que le haga olvidar.

(Con los últimos compases del número hacen mutis todas las mujeres, menos PAZ.)

HABLADO

MARISA.—(Entrando por el fondo.) ¡Javierito!

PAZ.—¡Ah, eres tú!

(Se abrazan.)

ADOLFO. — (Por primera derecha.) ¡Un momento, Marisa!

MARISA.—¿Eh?... (Asustada.) ¡Adolfo! ¿Tú aquí?

ADOLFO.—Te suplico que me dejes hablar a solas con... (Dulcificándose.) ...con tu novio.

MARISA.—(Cada vez más asustada.) ¿Cómo?... ¿Qué pretendes?

PAZ.—Déjanos, Marisa.

MARISA.—¡Pero!...

PAZ.—No te asustes, tontá. ¡Si ya sabes que yo tengo más fuerza que él!... (Acompañándola a la puerta, mientras Adolfo, nervioso, sube al salón del fondo y enciende un cigarrillo.) Vete tranquila.

MARISA.—(Que al ir a hacer mutis por la derecha se encuentra con la MARQUESA y DON LEO, que entraban por el mismo lado.) ¡Ay, mamá! ¡Que van a reñir!

MARQUESA.—¿Eh? ¿Quién?...

MARISA.—Javierito y Adolfo... ¡Intervenga usted, tío!

LEO.—¡Chist!... Desde aquí podemos observar.

(Se ocultan detrás de la escalera.)

PAZ.—Bueno, hijo... pues tú dirás (Ofreciéndole.) ¿Un "whisky"?

ADOLFO.—(Rechazándolo.) No, gracias. ¡Lo único que tengo que decirte es que estoy harto de esta farsa!

PAZ.—¡Ah! Pero... ¿es que encima te vas a enfadar tú conmigo? ¡Muy bonito, hombre!

ADOLFO.—Comprenderás que lo que estás haciendo...

PAZ.—¿Está mal, verdad?... (Melosa.) Pero tú sabes que todo ha sido por ti, por el cariño que te tengo...

MARISA.—(Asombrada.) ¿Eh?...

MARQUESA.—¿Qué dice?

LEO.—¡Chist!

PAZ.—Yo no puedo consentir que tú seas para esa mujer! (Cara de asombro en los que escuchan.) Ahora que estamos solos, ven aquí y abrázame... ¡Ingrato, que eres un ingrato!

LEO.—(Cada vez más asombrado.) ¿Y estos son los que se iban a matar?

MARQUESA.—(Tapando la cara a Marisa.) ¡¡No mires, niña!!...

ADOLFO.—Tú también sabes cómo te quiero yo... Sólo que, a veces, las circunstancias obligan a...

PAZ.—Sí, ya lo sé; pero cuando te veo con Marisa me muero de celos, no lo puedo remediar. Tú tienes que ser mío, ¿lo oyes? ¡Sólo mío!

MARISA.—(Estupefacta.) ¡Mamá!...

MARQUESA.—Pero ¿qué dice ese muchacho?...

ADOLFO.—Vamos al jardín y allí seguiremos hablando.

PAZ.—Vamos, mi vida. Quiero decirte que cada día es mayor el cariño que te tengo, que eres mi única ilusión, que sólo sueño con tus besos...

LEO.—¡¡Tápale los oídos a la niña!!

(A la vez que PAZ y ADOLFO van haciendo mutis por el foro izquierda, van saliendo de su escondite LEO, la MARQUESA y MARISA, cómicamente estupefactos.)

MARQUESA.—¡Pero tú oyes, Leo!

LEO.—¡Intolerable! (Mirando por donde han hecho mutis.) ¿Eh? ¡¡Y se besan!!... (Indignado.) ¡Basta! ¡Esto lo soluciono yo esta misma noche. (Viendo al MARQUES, que vuelve por la derecha.) ¡Hombre, tú!... Me alegro que vengas.

MARQUES.—¿Eh? ¿Qué ocurre?

LEO.—¡Algo que no sé cómo adjetivar!

MARQUESA.—¡Acabamos de sorprender a Adolfo besándose con el novio de Marisa!

MARQUES.—(Indignadísimo.) ¡Cómo!... ¿Besándose con esa?... (Rectificando.) Vamos... ¿con esa... frescura? ¿Y en mi casa?... ¡¡Eso sí que no lo consiento!!

LEO.—¡Ni yo; voto a bríos!

MARISA.—Pero papá, si es que debe ser una costumbre de su país...

MARQUES.—¿Cómo una costumbre?

MARISA.—Lo digo porque como te he visto a ti antes, en el jardín, besando también a Javier...

MARQUESA.—¿Eh? ¡Pero Rogelio!...

LEO.—¿Ahora salimos con esas?

MARQUESA.—¡Oh!... ¡Anda, hija, vamos de aquí, que no quiero que oigas ciertas cosas!... (Al Marqués, con cómico desprecio.) ¡A tu edad!

(Mutis con Marisa por el fondo.)

MARQUES.—¡Oye, tú, que yo te explicaré!... (A Leo.) Y a ti...

LEO.—¡A mí no me tienes que explicar nada! Lo que debes hacer es prohibir las relaciones de tu hija con el uno y con el otro. ¡Y, si es necesario, arrojarlos a los dos de tu casa!

MARQUES.—(Encantado.) ¡Hombre, eso ahora mismo!... ¡Y a toda la familia!

LEO.—¡Cómo! ¿Echar también a Doña Mariquita?

MARQUES.—¡A esa... la tiro por un balcón! ¡Vas a verlo!

LEO.—¡Detente, insensato! ¡Esa dama es el bello ideal de mi vida! Precisamente acabo de enviarle una carta de declaración.

MARQUES.—¡Atiza, cosilpao!... ¿Y tú crees que va a decirte que sí?

LEO.—Mira los textos que he consultado para redactarla: "El Epistolario de los Amantes" (Cartas de declaración)... "El Manual del perfecto enamorado" (Declaraciones amorosas)... y... (Por unos papeles.) ¡Ah, esto no es! Estas son declaraciones juradas; las que me toca llenar esta semana.

MARQUES.—De todas formas, tú piénsalo bién, que a lo mejor, esa señora no es una señora.

LEO.—¿Cómo?...

MARQUES.—Vamos... quiero decir... digna de ti.

LEO.—¡Rogelio! Eso significaría tu ruina.

MARQUES.—(Aterrado.) ¿Eh?...

LEO.—Tú me las has presentado y nada me has advertido, alentando así mi pasión. Y de confirmarse ahora esos temores, la tragedia sería espantosa, tremebunda. No lo quiero ni pensar. Pero así, por encima, calcula de ocho a diez bajas entre muertos, heridos y desaparecidos.

(Mutis izquierda.)

MARQUES.—¡Bueno, está visto que yo muero de todas maneras!...

UBALDO.—(Por el fondo.) ¡Oiga, Marqués, haga el favor!

MARQUES.—¿Eh? ¿Qué pasa?

UBALDO. — ¡Nada, que yo me desnudo ahora mismo!... Porque, vamos, ya está bien que me manden versos y cartas de declaración; pero que encima me pellizquen por los pasillos, no.

MARQUES.—¿Quién se ha atrevido?

UBALDO.—El Gordo. ¡Y hasta ahí podíamos llegar!

PAZ.—(Por el foro.) ¡Cuidado! Vengo a proveeros de un peligro terrible.

MARQUES.—¿Otro?

PAZ.—Adolfo acaba de descubrirle a tu hija toda la verdad. ¡Hay que pensar algo!

UBALDO.—¡Hay que pensar en irse a la calle! (Inicia el mutis.)

PAZ.—¿Pero cómo va a usted a salir, si hay en la puerta dos individuos esperando que asome usted para raptarlo por orden del picador?

UBALDO.—¡Mi madre! ¡Pues di tú que he caído en una bolsa!...

MARISA.—(Por el fondo.) ¡Oh, papá! ¡Vengo indignadísima! Lo que han hecho ustedes con nosotros es una burla intolerable...

MARQUES.—¡Pero hija!...

MARISA.—Y Adolfo dice que, o buscas una solución rápida o entera de todo a mamá y al tío Leo.

MARQUES.—¡Pchss!... Yo, como de todos modos voy a morir...

PAZ.—¿Y lo dices tan fresco?...

UBALDO.—No, si al fin y al cabo eso de morir no es una cosa del otro jueves...

MARQUES.—¿Cómo del otro jueves? ¡De hoy sábado por la noche no pasa!

MARISA.—¿Qué dices, papá? (Se abraza a él llorando.) ¿Morir tú? ¡Eso no!

UBALDO. — (Consolándola.) Vamos, vamos, resignación. ¡Y salud pa encomendarlo a Dios!...

MARQUES.—¡Ah!, ¿pero usted se figura que yo soy el único que cae? ¡Eso es no conocer a mi cuñado! Mañana, cuando venga aquí el juez y vea los cadáveres que tiene que levantar, va a querer que le paguen horas extraordinarias.

PAZ.—(Asustada.) ¿Pero ustedes creen que Don Leo será capaz?...

MARQUES.—¡En cuanto descubra el engaño!

MARISA.—¡Y con lo que es él, que no transige con una mentira!...

UBALDO.—Como que a mí me ha estao diciendo antes que lleva treinta años sin pasar por el Puente de Segovia porque no puede resistir tanta bola seguida. ¡Conque calculen ustedes!

MARI-TERE. — (Por la derecha.) ¡Oh, señores! ¡Vengo contentísima!

PAZ.—¡Mari-Tere!...

MARI-TERE.—¡Loca de alegría!

UBALDO.—¡La pobre, como no sabe que mañana la van a hacer la "autosia"!...

MARI-TERE.—¡Por fin he conseguido curar a Pepe Luis!

MARISA.—¿Ah, sí? ¿Y qué has hecho?

MARI-TERE.—Llevarlo a su médico, que está pasando unos días en San Sebastián. Y como ejerce tal sugestión sobre él, apenas ha empezado a hablarle le ha puesto bien. ¡Miren, aquí llega!

PEPE LUIS.—(Por la derecha, muy optimista y alegre. Viste de etiqueta.) ¡Y completamente curado, sí, señores! Ya sé quién soy yo y quiénes son ustedes... (A Ubaldo.) ¡Ah!, y usted y yo ya hablaremos de aquellas seis mil pesetas...

UBALDO.—¡Ahora soy yo el que va a tener que ponerse enfermo!

MARI-TERE.—Lo importante es que, como ya tiene despejado el cerebro, se le ha ocurrido una solución que nos salva a todos.

TODOS.—(Rodeándole.) ¿Ah, sí? ¿Qué es, qué es?

PEPE LUIS.—Una idea genial. ¡Otro huevo de Colón! Verán ustedes.

MARISA.—¡Silencio! Mamá...

(En efecto, se ve a la MARQUESA cruzar por la terraza del forillo.)

MARQUES.—Id una de vosotras y entretenedla mientras hablamos.

PAZ.—Yo misma me la llevo al jardín.

(Sale.)

UBALDO.—Y tú sigue, a ver qué solución es la que traes.

PEPE LUIS.—Sencillísima. Aquí el peligro está en que el tío Leo descubra el pastel, ¿no es eso?... Bueno, pues no hay más que alejarle de España y que nos deje tranquilos.

MARQUES.—¿Y cómo le alejamos de aquí, con lo enamoradísimo que está?

UBALDO.—Tú verás. A mí ya me ha regalao unas medias de cristal. Y me ha mandao dos cartas de declaración.

PEPE LUIS.—Pues ahí le duele. Que yo le he contestado, en nombre de usted, concediéndole su mano.

TODOS.—¿Eh?

UBALDO.—¿Mi mano? ¿Y qué va a hacer ese hombre con mi mano?

PEPE LUIS.—Con su mano de usted no sé lo que hará...; ahora que, con la suya.... ¡ya se irá usted dando cuenta! (Acción de pegar.)

MARI-TERE.—Le hemos dicho que acepta usted sus amores con la condición de salir los dos en el "Cabo San Antonio", que zarpa de Cádiz mañana por la noche.

UBALDO.—(Alarmado.) ¿Cómo? ¿Embarcarme yo con él?

PEPE LUIS.—Sí; porque tiene usted dos caprichos: casarse en alta mar y recorrer luego América del Sur en viaje de novios.

UBALDO.—¡¡Bueno, eso que se os quite de la cabeza!!...

PEPE LUIS.—Usted me sacó a mí seis mil pesetas para irse a Chile, ¡y ahora se va usted a Chile!

UBALDO.—¡Sí, caray!, pero no en calidad de recién casada. ¡Que dénse ustedes cuenta de la luna de miel que me espera!

ADOLFO.—(Por el foro.) Marqués: de parte de Don Leo que tenga usted la bondad de subir a su despacho.

MARQUES.—(Con temor.) ¿Quién, yo?

ADOLFO.—Creo que ya ha conseguido, por teléfono, que le reserven dos pasajes en el "Cabo San Antonio". Y ahora quiere que le busquen ustedes un automóvil para irse a Cádiz con... aquí..., con Doña Mariquita.

UBALDO.—¿Conmigo? ¿Y a Cádiz? ¡Cá, hombre! ¡Yo me desnudo ahora mismo!

MARI-TERE.—¡Usted nos tiene que salvar, señor Ubaldo!...

MARISA.—¡Ay, sí, sálvenos! Usted es bueno y le queremos todos en el fondo.

UBALDO.—Sí; pero en el fondo del mar. Y, vamos, una cosa es que quieran ustedes deshacerse de Don Leo y otra que me utilicen a mí de torpedo humano. ¡Señores, que yo he venido aquí de fontanero!

PEPE LUIS.—¡Por eso nos tiene que sacar del atranco!

MARQUES.—Anda, vamos nosotros con tu tío.

MARI-TERE.—(Al mutis.) ¿Ves como era una solución muy sencilla?

PEPE-LUIS.—Lo que yo decía: ¡otro huevo de Colón!

(Vanse los tres por el foro.)

UBALDO.—¿Cómo otro huevo de Colón? ¡Esto es un huevo pasao por agua y gracias! (Decidido.) Bueno, yo busco a don Leo y le digo la verdad... Claro que ése también me va a mandar a Chile... ¡Y lo peor es que va a ser de dos patás! (A Marisa y Adolfo.) ¡Hombre, vosotros, que sois los únicos que no le habéis engañao, podíais hacerme un favor!...

ADOLFO.—¿Qué favor?

UBALDO.—Explicarle a don Leo lo que pasa. ¡Y si hay que morir, moriremos todos, que siempre tocaremos a menos!...

MARISA.—Tiene razón. ¡Todo antes que ese disparate que están tramando!

ADOLFO.—Váyase tranquilo, que Marisa y yo nos encargamos de decírselo.

UBALDO.—Bueno, pero con cautela, ¿eh? "Aclararle" bien que soy un pobre hombre y que la necesidá me ha obligao... Y a propósito, "esperar" un momento.

(Vase por la derecha, para volver inmediatamente.)

MARISA.—¿Dónde va?

UBALDO.—(Volviendo con una bastonera llena de bastones de todas clases.) A esconderle los bastones, por si acaso. Hay que estar en todo. ¡Y a mí, no!... ¡¡A mí no me da con este dogo en el "torrao"!!...

(Mutis por la izquierda.)

MARISA.—Vamos nosotros a confesarle la verdad a mi tío.

ADOLFO.—¡Ah!, pero ¿es que lo has tomado en serio?... ¡Pues sí!... ¡Cualquiera le va a tu tío con esa embajada!... ¡Del primer pronto salimos tú y yo por un ventanal! Mira, déjales que se las arreglen como puedan... (Cariñoso.) Nosotros no tenemos tiempo más que para hablar de nuestro cariño. ¡Ven acá, mujer!... Que ya tenía ganas de que tus ojos brujos me volviesen a mirar con amor.

MUSICA

(La orquesta ataca, pianísimamente, el motivo de "Tus ojos brujos".)

RECITADO SOBRE LA ORQUESTA

MARISA. ¡Adolfo!
ADOLFO. Así... Clavados en los míos... Como cuando me miraron por vez primera y supieron llegarme a lo más hondo.

(Cantado.)

En el misterio de tus miradas
ya para siempre
sentí que mi vida
quedaba prendida
por ti.

HABLADO

MARISA. ¿Te acuerdas de aquel día?
ADOLFO. ¿Cómo quieres que me olvide
de cuando te vi pasar
un día de Jueves Santo
por la calle de Alcalá?...
Ibas luciendo tu garbo
de madrileña juncal,
mitad duquesa y manola,
reina y chulapa a la par;
que tu mantilla de blonda
y la peina popular
en el trono de tu cuerpo
rebosaban majestad...
Capullitos de claveles
te adornaban además,
y, en tu pecho, parecían
a punto de reventar,

sangre de tu corazón
que se quisiera escapar...
Al cruzar por junto a mí
robaste mi voluntad,
y, con el alma en los ojos,
te seguí lleno de afán...,
y en San José, tras de ti,
entré cuando te vi entrar;
te arrodillaste en la iglesia,
me arrodillé yo detrás,
me miraste, te miré...
¡¡y no pudimos rezar!!
¡Cómo quieres que me olvide
de cuando te vi pasar
un día de Jueves Santo
por la calle de Alcalá!...

(Oscuro.)

MUSICA

(Aparece la calle de Alcalá, frente a la iglesia de San José, en Jueves Santo. Salen las MUJERES con mantillas de blonda, etc.)

MADRI. 1.ª Jueves Santo madrileño
que relumbras más que el sol,
pues te prestan las mujeres
con la luz de sus miradas
el más vivo resplandor.
Llevan todas en sus ojos
un destello de ilusión,
y en el pecho los claveles,
en la espalda la mantilla
y en el alma una oración...
Hay en el aire fragancia de azucenas,
que es primavera
y está Madrid en flor...
Y por las calles tengo que cruzar ligera,
pues el hombre que me sigue,
con sus frases de pasión
me va a quitar la devoción.

TODAS. Jueves Santo madrileño
que relumbras más que el sol,
pues te prestan las mujeres
con la luz de sus miradas
el más vivo resplandor.

No me sigas esta tarde
por las calles de Madrid;
déjame, serrano mío, con fervor
rezar por ti.

MADRI. 1.ª ¡Ay, Virgen de la Paloma,
consuelo de mis pesares!
Haz, Madre, que su amor me sea fiel,
y siempre así me diga él:
Un día de Jueves Santo,
morena mía, te conocí;
brillaban tus ojos tanto
que el sol envidia sintió de ti...
Te dije que te quería,
y hoy pido perdón a Dios
pensando que en ese día
no le rezamos ni tú ni yo.

TODAS. Un día de Jueves Santo,
¡ay, madre mía!, le conocí;
brillaban mis ojos tanto
que el sol envidia sintió de mí.
Me dijo que me quería,
y hoy pido perdón a Dios
pensando que en ese día...

MADRI. 1.ª No le rezamos ni tú ni yo...

(Cortinas.)

HABLADO

(Continúa la acción de la obra en la misma Villa de Monte Igueldo, sucediendo estas últimas escenas en un "hall" o habitación de paso. Entran por la derecha DOÑA MARIQUITA y DON ANTONINO.)

DOÑA MARIQUITA.—Pase. Aquí no nos oye nadie.

ANTONINO.—Perdone que haya vuelto de improviso. ¡Es que vengo a evitarle a usted un ridículo, doña Mariquita!

DOÑA MARIQUITA.—¿Eh?... ¿Pues qué ocurre?

ANTONINO.—Acabo de saber que a Carolina Rendueles le ha caído en el sorteo de hoy el primer premio de la Lotería...

DOÑA MARIQUITA.—¿Ah, sí?...

ANTONINO.—¡Y figúrese! En cuanto se entere, la misma alegría le va a hacer descubrirlo todo...

DOÑA MARIQUITA.—Ya no me importa. Yo mismo le he confesado a la Marquesa toda la verdad.

ANTONIO.—(Sorprendido.) ¿Usted?

DOÑA MARIQUITA.—A los diez minutos de entrar en esta casa he advertido que es una familia muy seria y honorable. Pero ¡cuidado!... Ah se acerca la Marquesa con don Leo.

ANTONINO.—Con ellos la dejo, señora.

DOÑA MARIQUITA.—Mañana pasaré por su casa.

(Vase don Antonino por la derecha. Por la izquierda entran la MARQUESA y DON LEO. Este, iracundo.)

MARQUESA.—¡Cálmate, Leo!

LEO.—¡No puedo, Micaela! ¡No puedo! ¡Esto ha sido para mí una burla sangrienta!... (A doña Mariquita.) ¿De modo que la de los millones era usted?...

DOÑA MARIQUITA.—¡Por Dios! Le ruego que me perdone...

LEO.—Usted quería averiguar qué clase de gente éramos nosotros, y estaba en su perfecto derecho... (Indignadísimo.) ¡Pero esa señora que se ha prestado a semejante superchería!... ¡Esa señora que me dice en esta carta que acepta mi mano, y que se quiere casar conmigo en alta mar!... ¡¡Esa va a saber quién soy yo!!

MARQUESA.—La pobre lo ha hecho por necesidad.

LEO.—¿Y la habilidad con que me ha engañado?

DOÑA MARIQUITA.—¡Oh! Es que está muy acostumbrada a esta clase de trabajos... Sepa usted que ha estado con Ortas cerca de año y medio haciéndole todo el repertorio.

LEO.—¿Ah, pero es una actriz?

DOÑA MARIQUITA.—¡Carolina Rendueles!

MARQUESA.—Ahora recuerdo haber leído en el periódico que la primavera anterior estuvo aquí con la compañía de Davó y Alfayate. Creo que estrenó "Un hijo, dos hijos, tres hijos". ¡Aquí viene con Pepe-Luis!

LEO.—¡¡Me va a oír a mí esa vieja ridícula!!

MARQUESA.—¡Eso no, Leo! Ven con nosotras y déjala.

DOÑA MARIQUITA.—No le amargue usted la alegría que va a tener cuando se entere de que le ha caído el primer premio en la Lotería.

LEO.—¿Cómo? ¿Que le ha...? ¿Y de cuánto era el sorteo?

MARQUESA.—De cincuenta pesetas.

DOÑA MARIQUITA.—¡Y que ha cogido un buen pellizco!...

LEO.—¿Ah, sí?... ¡Caramba!... Pues les acompaño a ustedes, y luego hablaré a solas con ella... Sí, porque, bien

nirado, si la pobre lo ha hecho por necesidad.... ¿eh?, ya a cosa varía... Y uno tiene que hacerse cargo.

(Hacen mutis los tres por la derecha. Por la izquierda entra en escena UBALDO, seguido de PEPE-LUIS.)

UBALDO.—¡Que no, hombre, que no!... ¡Que yo me desnudo, pero que ya!...

PEPE-LUIS.—¡No se ponga usted así!

UBALDO.—Yo le he encargao a tu hermana y a su novio que le digan a don Leo quién soy, y si no se lo han dicho ellos, se lo digo yo.

PEPE-LUIS.—¿Y todo porque el picador ha intentado tocarle?

UBALDO.—¿Cómo que ha intentao?... ¡Que me ha tocao! Y eso no se lo consiento ni a él ni al "Veneno Chico" que resucitase.

LEO.—(Por donde se fué.) ¿Eh?... ¿Pero qué le pasa a usted para que se enfade tanto?

PEPE-LUIS.—¿Qué quiere usted que le pase? Que le ha tocado el Gordo.

LEO.—Ya lo sé!... Y creo que ha sido un buen pellizco...

UBALDO.—¡Hombre!... No tiene usted idea.

LEO.—¿Y por eso se disgusta? ¡Pues poco contentito que estaría yo si me hubiera tocado a mí!...

PEPE-LUIS.—(Asombrado.) ¿Usted?...

LEO.—Y tú, igual; no vengas disimulando.

UBALDO.—(Aparte.) ¡Uyuy, qué famili!...

LEO.—¡Yo soy el que debiera estar indignado por la burla de que he sido objeto!

UBALDO.—¿Cómo?...

LEO.—No finja más, que sé que no es usted doña Mariquita.

UBALDO.—(Aterrado.) ¿Eh?

PEPE-LUIS.—¡Se lo han dicho!

UBALDO.—(Como disculpándose.) Bueno, verá usted, es que yo...

LEO.—¡No me diga nada! Ya sé que la necesidad le ha obligado...

UBALDO.—¡Sí, señor! (A Pepe-Luis.) ¡Se lo han largao al pie de la letra! (A don Leo.) ¿Y le han dicho también quién soy?

LEO.—¡Claro que me lo han dicho!

UBALDO.—¿Entonces me puedo ya desnudar?

LEO.—¿Cómo desnudar? (Aparte.) ¿Qué dice esta señora? (Asombrado.) ¿Pero aquí, delante de mi sobrino?...

UBALDO.—¡Y delante de quien sea! ¡Pues así que no tenía yo ganas!... Y ahora que no tengo que pasar por doña Mariquita, voy a entenderme con el picador. (Como si fuera a pegarse con él.)

LEO.—¿Entenderse?... Ha de haber que, aunque no sea doña Mariquita, yo sigo tan enamorado de usted como antes...

UBALDO.—(Estupefacto.) ¿De mí?

PEPE LUIS.—¡Pero tío! ¿Es posible?...

LEO.—(Aparte, a Pepe Luis.) ¡Cállate, tonto!... ¿No ves que ahora tiene el aliciente de que le ha tocado el gordo?...

PEPE LUIS.—(Extrañadísimo.) ¿Pero qué ventajas verá este hombre en que le toque a uno un picador?...

LEO.—(A Ubaldo.) Lo tengo todo previsto. Mire: los pasajes reservados, el dinero dispuesto. (Muestra un fajo de billetes.) Con esto mismo nos iremos juntos a Sudamérica, y allí viviremos el uno para el otro.

UBALDO.—Oiga, oiga... ¿Pero no dice usted que sabe que no soy Mariquita?...

LEO.—¡Claro que lo sé!...

UBALDO.—¡¡Pues no me explico a qué vienen esas proposiciones!!

PEPE LUIS.—Y, sobre todo, después de engañarle a usted como le ha engañado...

LEO.—Lo ha hecho tan requetebién, que se lo perdono. (A Ubaldo.) ¡Ya, ya sé que en estos trabajos tiene usted usía!...

UBALDO.—¿Quién, yo?...

LEO.—Por lo menos, con Ortas ha estado usted cerca de año y medio haciéndoselo todo...

PEPE LUIS.—¿Eh?...

LEO.—¿Y lo que hizo el año pasado con Davó y Alfayate?...

UBALDO.—¡Mi madre!... ¿Pero qué es lo que le han dicho que he hecho yo con esos señores?

LEO.—"Un hijo, dos hijos, tres hijos".

UBALDO.—¡Eso es una calumnia!

LEO.—Bueno, yo voy a preparar las maletas. ¡Qué ganas tengo de que estemos ya en el barco!... ¡Qué a gustito que nos vamos a marear juntos!

(Mutis derecha.)

MARQUES.—(Por la izquierda.) ¡Venga usted, señor Ubaldo, que no sabe en qué lío estamos metidos!

UBALDO.—¡Toma! ¡Qué me va usté a decir a mí!

MARQUES.—¡Acaba de presentarse en casa la verdadera Doña Mariquita!

UBALDO.—¿Eh?

PEPE LUIS.—¿Pero no la mandó usted a Badajoz con su hijo y el ama de llaves?

MARQUES.—¡Cállate, hombre! ¡Si resulta que la que mandé a Badajoz no era Doña Mariquita, sino Carolina Rendueles...!

PEPE LUIS.—¿Cómo dice usted?

MARQUES.—Y el hijo tampoco era Javier. ¡Era Arturito Campos!

PEPE LUIS.—¡Ay, mi madre!... ¿A qué va a resultar otra vez que soy el pelotari?... (Registrándose.) ¿Dónde he puesto yo los sellos?

UBALDO.—Pero, ¿quién es esa Rendueles?...

MARQUES.—Una característica que se presentó fingiendo ser Doña Mariquita. ¡Por eso, tanto mi mujer como mi cuñado, creen ahora que la característica es usted!

UBALDO.—¡Pues ahora me explico lo del hijo, dos hijos y tres hijos!

MARQUES.—¡Y gracias a eso no han descubierto la verdad!

(En este momento entra por la izquierda el CHOFER.)

CHOFER.—¿Señor?...

MARQUES.—¿Eh? ¡Casildo! (Alarmado.) ¿Cómo tú por aquí?

CHOFER.—¡Vengo a decir al señor que la señora que me mandó llevar a Badajoz es una impostora!

MARQUES.—¿Sí?

CHOFER.—Cuando estábamos cenando en Burgos ha visto la lista de la Lotería y ha empezado a decir que le había caído el premio gordo y que no quería seguir el viaje... ¡Ah, y que su verdadero nombre es Carolina Rendueles! Conque entonces la he hecho subir al coche y a toda velocidad...

MARQUES.—(Aterrado.) ¿Te la has traído aquí?

CHOFER.—Sí, señor.

PEPE LUIS.—¡Pues nos has hecho las diez de últimas!

UBALDO.—¿Y dónde me meto yo ahora?

CHOFER.—Lo peor es que al llegar y decir en la puerta que era Doña Mariquita, la han cogido dos guardias, la han metido en un "taxi" y se han largao con ella.

MARQUES.—¡Hombre, menos mal!

CHOFER.—¡Voy a ver si los alcanzo, señor!

(Mutis izquierda.)

UBALDO.—(Contentísimo.) ¡Ah!, ¿de modo que ya no hay peligro en la puerta? ¡Pues que ustedes lo pasen bien!...

MARQUES.—¿Eh? ¿A dónde se va?

UBALDO.—Ya les pondré una tarjeta. Sí, porque yo estoy muy bien educao. Y ¡vamos, aunque se empeñe Don Leo, yo no me caso en la mar!...

(Mutis izquierda.)

MARQUESA.—(Entrando por la derecha con Doña Mariquita.) Mire. Mi esposo y mi hijo. Os voy a presentar a Doña Mariquita.

DOÑA MARIQUITA.—¡Oh, yo les explicaré!...

MARQUES.—¡No se moleste, señora!...

PEPE LUIS.—¡Estamos al cabo de la calle!

JUAN MANUEL.—(Por la izquierda.) ¡¡Mariquita e mi corasón!!

TODOS.—¿Eh?

JUAN MANUEL.—¡Ven aquí con tu Juan Mamé de tu "arma"!

DOÑA MARIQUITA.—¿Cómo te atreves a hablarme así, después de lo que me has confesado cuando no sabías quién era?

JUAN MANUEL.—¡"Mardita" sea!... ¡Pero si tóo ha sío una "firfa"!... Que lo diga éste, que se lo he contado yo tóo.

PEPE LUIS.—¡A mí no me meta usted en líos!

DOÑA MARIQUITA.—(Derritiéndose.) ¿De verdad me quieres?...

JUAN MANUEL.—Como ze quiere a una madre, y "ersétera, ersétera"... Y sólo "farta" que tu hijo ze caze con la hija der Marqué, que nos cazemos tú y yo y "aluego" nos vayamos loz cuatro a Méjico a cuidá de nuestra hasienda.

MARQUES.—Mi hija tiene novio formal, y yo no quiero más disgustos.

DOÑA MARIQUITA.—¿Ah, sí? Pues no sabe la alegría que me da, porque mi hijo tampoco puede casarse con ella.

MARQUESA.—¿Por...?

DOÑA MARIQUITA.—Por la sencilla razón de que no sé ni dónde está. Se escapó de casa hace seis años para hacerse peliculero... ¡Digo! Ustedes le conocerán. Claro que por el seudónimo: Adolfo Cifuentes.

PEPE LUIS.—¿Cómo? ¿Pero Adolfo Cifuentes es Javieto?

MARQUESA.—¡Si es el novio de nuestra hija!...

DOÑA MARIQUITA.—(Con alegría.) ¿Es posible?

(Por la derecha vuelve a escena DON LEO en traje de viaje. Trae dos maletas.)

LEO.—¡Ea! ¡Ya estoy dispuesto para la marcha!

MARQUES.—¿Por fin te decides?

LEO.—Mañana a primera hora, en Madrid; cobramos la Lotería, y por la noche al barco.

MAYORDOMO.—(Por la izquierda.) ¿Señor?... Un individuo que dice llamarse Felipe Rendueles desea hablar con el señor.

LEO.—¿Rendueles? ¿Será familia de Carolina?

(Por el foro izquierda entra UBALDO. Viene esta vez vestido de hombre, representando un tipo bastante achulado.)

UBALDO.—¡Hermano gemelo, pa servirles!

TODOS.—¿Eh?

PEPE LUIS.—(Al verle.) ¡Mi madre!...

MARQUESA.—¡Es la misma cara de ella!...

UBALDO.—¡Como que somos dos gotas de agua!

LEO.—Pues usted dirá, caballero.

UBALDO.—Náa, que me he enterao de cómo persigue usté a mi pobre hermana, y vengo a decirle que no se lo consiento.

LEO.—(Muy engallado.) ¿Y usted quién es para no consentirlo? ¡Mientras ella acepte, nos queremos, aunque usted se oponga!

UBALDO.—Le advierto que el jueves pasao salí de San Miguel de los Reyes después de catorce años y un día...

LEO.—(Asustado.) ¿Eh?...

UBALDO.—(Creciéndose.) Y como me he dejao allí "toas" mis amistades, comprenderá usté que no tengo más ilusión que la de volver. (Amenazador, abriendo una navaja de muelles.) De modo que...

LEO.—Bueno, un momento, amigo Rendueles... ¡Calma, calma!

PEPE LUIS.—(Aparte.) ¡Lo ha achicado!

LEO.—Piense usted que lo que yo pretendo de Carolina es que se case conmigo.

UBALDO.—¿Casarse mi hermana con un hombre como usté? ¡Nunca!... ¡Oigalo bien!... ¡¡Nunca!!

LEO.—Pero...

TODOS.—¡Por Dios! ¡Cálmese!...

UBALDO.—(Con la misma entonación que en la escena del acto primero.) Unicamente yéndome a Buenos Aires, donde nadie me conoce...

PEPE LUIS.—(Aparte.) ¡Atiza! ¡Le saca seis mil pesetas!...

UBALDO.—Pero... ¡calle!... ¡Tengo una idea!... ¡A ver esos pasajes que ha sacao usté!...

LEO.—¡Sí, señor!

(Enseña, como antes, los pasajes y el fajo de billetes.)

UBALDO.—(Apoderándose de todo ello.) ¡Y el dinero!... ¡Venga aquí todo!... Con esto nos embarcaremos mañana mi hermana y yo. Y si tanto la quiere, embarque usted la próxima semana y viene a Buenos Aires a reunirse con nosotros.

PEPE LUIS.—¡No está mal la idea!

UBALDO.—¡¡Esta sí que es otro huevo de Colón!!

LEO.—¡En el primer barco voy para allá!

MARQUES.—¡Yo me encargo de sacarle el billete!

UBALDO.—(Cogiendo las maletas de Don Leo.) Pues ya lo saben: Avenida de Mayo, doscientos cuarenta y tres, tienen ustés su casa.

(Inicia el mutis.)

DOÑA MARIQUITA.—¿Eh? ¿Pero se lleva el equipaje?

UBALDO.—¡Señora!... Usted ya se queda con el picador. ¡Déjeme a mí que me vaya con dos maletas!

(Mutis. Caen las cortinas, quedando delante de ellas los restantes personajes.)

DOÑA MARIQUITA.—Y ahora llévenme ustedes, por favor, a ver a mi hijo.

JUAN MANUEL.—(Dándole el brazo.) ¡Amos p'allá!...

PEPE LUIS.—Precisamente nos ha estado diciendo que nos iba a invitar a la prueba de la última película que ha hecho en tecnicolor.

LEO.—Será interesante.

MARQUESA.—Creo que se titula "La canción del pirata". (Oscuro.)

MUSICA

(Delante de un telón corto, con motivos alegóricos, sale la SULTANA (vedette) y el PIRATA (galán cantante.)

PIRATA. ¡Ven aquí, mi sultana!
¡Ven a ser en mi barco capitana!

SULTANA. Mi querer no se roba;
que el amor no es amor si no se gana

PIRATA. ¡Te daré
los tesoros que al luchar en los mares
gané!...

SULTANA. ¡Déjame,
que te pido
por favor
que mi amor
des al olvido!

PIRATA. Han de adornar tu hermosura
todas las joyas de Oriente...
¡Vente!
Junto a mí tu corazón,
te he de arrullar
en alta mar,
con mi canción.

SULTANA. Junto a tí mi corazón
va a navegar
por alta mar
entre las sombras de la noche...

(Se levanta el telón, apareciendo en forma de gran apoteosis el barco pirata. En escena, los piratas, segundas tiples y boys.)

PIRATAS. ¡Navegar por alta mar!...
¡Navegar sin descansar!...

PIRATA. Junto a mí tu corazón
quiero sentir
siempre latir
con emoción.

(Fuerte en la orquesta. Cambio de luz. Empiezan a desfilar las vedettes restantes y tiples de la compañía, representando las distintas piedras preciosas que el PIRATA regala a la SULTANA. Al final, en un grandioso de orquesta, se convierte el "blues" en una brillante marcha que cantan todos, mientras desfilan.)

TODOS. ¡Junto a tí mi corazón
quiero sentir
siempre latir
con la emoción
que hace arder las llamas
de mi pasión!...

TELON

FIN DE "DOÑA MARIQUITA DE MI CORAZON"